

# CENSURA Y LIBROS EN LA EDAD MODERNA

Javier Vergara Ciordia  
Alicia Sala Villaverde  
(Coordinadores)

Gregorio Bartolomé Martínez  
Javier Burrieza Sánchez  
Antonella Cagnolati  
Francisco Calero Calero  
Beatriz Comella-Gutiérrez  
Marco Antonio Coronel Ramos  
Jordi Garcia Farrero  
Manuel Lázaro Pulido  
Jesús Martínez de Bujanda  
Marco Mostert

Manuel Peña Díaz  
Olegario Negrín-Fajardo  
Pedro Rayón Valpuesta  
Ricardo Rovira Reich  
Alicia Sala Villaverde  
Arturo Torres García  
Javier Vergara Ciordia  
Lía Viguria Guerendiáin  
Conrado Vilanou Torrano



**CENSURA Y LIBROS  
EN LA EDAD MODERNA**



JAVIER VERGARA CIORDIA  
ALICIA SALA VILLAYERDE  
(Coords.)

# CENSURA Y LIBROS EN LA EDAD MODERNA

GREGORIO BARTOLOMÉ MARTÍNEZ  
JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ  
ANTONELLA CAGNOLATI  
FRANCISCO CALERO CALERO  
BEATRIZ COMELLA-GUTIÉRREZ  
MARCO ANTONIO CORONEL RAMOS  
JORDI GARCIA FARRERO  
MANUEL LÁZARO PULIDO  
JESÚS MARTÍNEZ DE BUJANDA  
MARCO MOSTERT  
MANUEL PEÑA DÍAZ  
OLEGARIO NEGRÍN-FAJARDO  
PEDRO RAYÓN VALPUERTA  
RICARDO ROVIRA REICH  
ALICIA SALA VILLAYERDE  
ARTURO TORRES GARCÍA  
JAVIER VERGARA CIORDIA  
LÍA VIGURIA GUERENDIÁIN  
CONRADO VILANOU TORRANO

*Dykinson, S. L.*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970/932720407.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial  
Para mayor información, véase [www.dykinson.com/quienes\\_somos](http://www.dykinson.com/quienes_somos)

© Copyright by  
Los autores  
Madrid, 2017

© Diseño de cubierta: Lía Viguria Guerendiáin

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid  
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69  
e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.es>  
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-9148-253-6  
Depósito Legal: M-17193-2017

*Maquetación:*  
Germán Balaguer - [german.balaguer@gmail.com](mailto:german.balaguer@gmail.com)

*A Nieves Almenar Ibarra,  
Maestra y referente de valores universitarios,  
en testimonio de afecto y amistad*





# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN. EL ENFOQUE HISTORIOGRÁFICO DE UN TEMA RECURRENTE: LA CENSURA EN LA EDAD MODERNA .....</b>	<b>11</b>
JAVIER VERGARA CIORDIA Y ALICIA SALA VILLAVERDE	

<b>CENSURA ROMANA Y CENSURA ESPAÑOLA. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LOS ÍNDICES ESPAÑOLES DE LIBROS PROHIBIDOS .....</b>	<b>19</b>
JESÚS MARTÍNEZ DE BUJANDA	

<b>REFERENTES LEGALES DE LA CENSURA ECLESIASTICA Y CIVIL EN LA ESPAÑA MODERNA (1453-1789). EDICTOS DE FE, ÍNDICES, ORDENANZAS Y CÉDULAS REALES.....</b>	<b>33</b>
GREGORIO BARTOLOMÉ MARTÍNEZ	

<b>LOS REFERENTES INTERNOS DE LA CENSURA LIBRARIA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS DURANTE LA EDAD MODERNA.....</b>	<b>65</b>
JAVIER VERGARA CIORDIA	

<b>EL USO Y CONSERVACIÓN DE LIBROS PROHIBIDOS EN LOS COLEGIOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. CONTENIDO DEL ARMARIO DE LOS LIBROS PROHIBIDOS DEL COLEGIO SAN ANDRÉS DE BILBAO EN 1767 .....</b>	<b>109</b>
PEDRO RAYÓN VALPUERTA	

<b><i>AN SIT UTILITAS IN SCELERE: LIBRUM IMPRESSIONE DIGNISSIMUM. UNA CENSURA DE MAQUIAVELO .....</i></b>	<b>127</b>
LÍA VIGURIA GUERENDIÁIN	

<b>LA PECULIAR RELACIÓN DE BALTASAR GRACIÁN CON LA CENSURA JESUÍTICA.....</b>	<b>145</b>
RICARDO ROVIRA REICH	

<b>LA REFLEXIÓN SOBRE LA CENSURA EN FRANCISCO SUÁREZ.....</b>	<b>155</b>
MANUEL LÁZARO PULIDO	

<b>¿CUÁNDO, CÓMO Y POR QUÉ FUE CENSURADO ERASMO? .....</b>	<b>173</b>
ARTURO TORRES GARCÍA	
<b>LA CENSURA EN LOS <i>COMMENTARII AD LIBROS DE CIVITATE DEI</i> DE LUIS VIVES .....</b>	<b>233</b>
FRANCISCO CALERO CALERO	
<b>CENSURAS DE LA MODERNIDAD: JUAN LUIS VIVES Y LA CENSURA HUMANÍSTICA .....</b>	<b>249</b>
MARCO ANTONIO CORONEL RAMOS	
<b>EL HUMANISTA JUAN FUNGUERIO ANTE LA CENSURA.....</b>	<b>269</b>
BEATRIZ COMELLA-GUTIÉRREZ	
<b>LA INTRODUCCIÓN A LA <i>VIDA DEVOTA</i> (1609) DE SAN FRANCISCO DE SALES: UNA RESPUESTA AL CALVINISMO .....</b>	<b>281</b>
CONRADO VILANOU TORRANO Y JORDI GARCIA FARRERO	
<b>ENTRE LA METAMORFOSIS Y LA CENSURA: EL TORTUOSO CAMINO DE UN TRATADO PEDAGÓGICO EN LA CULTURA RENACENTISTA.....</b>	<b>307</b>
ANTONELLA CAGNOLATI	
<b>MONJAS LECTORAS Y ESCRITORAS ENTRE REJAS: EL EJEMPLO DEL CARMELO.....</b>	<b>325</b>
JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ	
<b><i>CAUTE DICENDUM ET NON LEGENDUM</i>. ENTRE LA ORTODOXIA CENSORIA Y EL DISENSO (CÓRDOBA, SIGLOS XVI-XVII).....</b>	<b>363</b>
MANUEL PEÑA DÍAZ	
<b>JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, CLÉRIGO CANARIO, ACADÉMICO DE LA HISTORIA Y CENSOR PARA EL CONSEJO DE CASTILLA EN EL MADRID DIECIOCHESCO.....</b>	<b>383</b>
OLEGARIO NEGRÍN-FAJARDO	
<b>ENTRE LA DESTRUCCIÓN CIRCUNSTANCIAL Y LA INTENCIONADA. LA DESAPARICIÓN DE TEXTOS Y SUS MANUSCRITOS EN EL OCCIDENTE MEDIEVAL.....</b>	<b>401</b>
MARCO MOSTERT	

# MONJAS LECTORAS Y ESCRITORAS ENTRE REJAS: EL EJEMPLO DEL CARMELO

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ  
*Universidad de Valladolid*

## Resumen

La mujer de los siglos XVI y XVII utilizó la literatura para expresarse y comunicarse. A menudo de motu proprio, otras veces obligadas, las religiosas son un buen ejemplo de lo que ocurrió en aquella época reformista, donde el Carmelo tuvo numerosas protagonistas. Este artículo descubre grandes figuras femeninas que utilizaron la escritura y la lectura no solo con un fin espiritual sino también didáctico, y que en muchas ocasiones trascendió el ámbito de las rejas.

**Palabras clave:** Carmelo descalzo, monjas escritoras, Reforma, censura, clausura.

## DEBATES PARA LAS MUJERES EN LA LECTURA Y LA ESCRITURA ESPIRITUAL

Cuando hablamos de mujeres lectoras y escritoras en el tiempo tridentino y postridentino, para los siglos XVI y XVII, disponemos de varios debates que desarrollar. Partimos de la premisa que las monjas –entre las que vamos a encontrar buena parte de las escritoras que en el ámbito castellano fueron– eran las mujeres mejor documentadas de su tiempo. Casi como si fuese un «vivo sin vivir en mí» espacial, en las clausuras –reforzadas en aquellos momentos– encontramos cualitativamente la libertad para escribir. No ocurría así en la vida matrimonial y familiar.

El primero de los debates, este todavía para la mujer prescindiendo de su estado, era sobre la conveniencia de la lectura y la escritura<sup>1</sup>. Mientras que había autores

---

<sup>1</sup> Sobre la escritura y la lectura en la mujer espiritual, J. MURIEL, *Cultura femenina novohispana*, (Universidad Nacional Autónoma Metropolitana, Instituto de Investigaciones Históricas, México 1982); I. POUTRIN, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne moderne* (Casa Velázquez, Madrid 1995); S. HERPOEL, *A la zaga de Santa Teresa: Autobiografías por mandato*, (Rodopi, Amsterdam 1999); A. LAVRIN-R. LORETO (eds.), *Monjas y beatas. La escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana, siglo XVII y XVIII* (Universidad de las Américas-Puebla, Puebla/México 2002); A. CABALLÉ, *La vida escrita por las mujeres. I. Por mi alma os digo. De la Edad Media a la Ilustración*, (Lumen, Barcelona 2004); B. MÚJICA (ed.), *Women Writers of Early Modern Spain. Sophia's Daughters* (Yale University Press, New Haven/London 2004); M<sup>a</sup> I. BARREIRO CARNEIRO, *Mujeres y Literatura del Siglo de Oro. Espacios profanos y espacios conventuales* (Madrid 2007); F. DURÁN

como Juan Luis Vives –en su «Instrucción de la mujer cristiana»– que afirmaba que había mujeres que parecían «haber nacido para las letras», otros pensaban que la lectura en ellas solamente estaba justificada para la oración vocal y el acercamiento de libros devotos y bien controlados. No se podía abogar, rotundamente, por la seguridad del analfabetismo, pues este impedía «beber en los fecundos manantiales» –se refería a los propios de la vida espiritual– como afirmaba fray Juan Bernique. Beatriz de Ahumada, madre de la futura Teresa de Jesús, era de las que vivía reducida al ámbito familiar y del matrimonio. En un espacio singular y hasta privilegiado, tenía acceso a la lectura y a los libros que había en aquella su casa. Lo confirma su hija en el «Libro de la Vida»:

«Era aficionada [su madre Beatriz de Ahumada] a libros de caballerías. Y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor sino desenvolvíamos para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Eran tan extremo lo que en esto me embebía, que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento»<sup>2</sup>.

Mujeres espirituales, sin embargo, son las que protagonizan nuestra reflexión, todas ellas *controladas* por confesores pero, sobre todo, por directores espirituales. Los ha habido que han facilitado el acceso de las mujeres a las letras y otros que no. Uno de los que ejercieron este ministerio con la fundadora del colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares, Catalina de Mendoza<sup>3</sup>, le indicó que la demostración del uso del latín que había aprendido desde pequeña, era signo de vanidad. Mariana de San José, la que habría de ser con los años fundadora de la recolección de las agustinas, mostraba su fascinación por Teresa de Jesús e indicaba que la lectura conducía a la conversión, al cambio de prioridades y de horizontes, disponiendo de un manifiesto efecto espiritual:

---

LÓPEZ, *Un cielo abreviado. Introducción crítica a una historia de la autobiografía religiosa en España*, (Fundación Universitaria Española / Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 2007); J. LÓPEZ (ed.), *Los cinco sentidos del convento: Europa y el nuevo mundo* (Universidad Católica Andrés Bello, Caracas 2010); M. MARCOS SÁNCHEZ, «La escritura epistolar en el Monasterio de la Purísima Concepción (Franciscas Descalzas) de Salamanca: las cartas privadas de sor Clara de Jesús María (1603-1685)» en Gabriella Zarri-Nieves Baranda Leturio (eds), *Memoria y comunidades femeninas España e Italia, siglos XV-XVII*, (Firenze University Press/ UNED, Firenze/Madrid, 2011), 111-130; S. HERPOEL, «Sociabilidad en los conventos femeninos del Siglo de Oro» en Albert Mechthild, *Sociabilidad y literatura en el Siglo de Oro* (Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt 2013), 239-253; N. BARANDA LETURIO-M<sup>a</sup> C. MARÍN PINA (eds.), *Letras en la celda. Cultura escrita de los conventos femeninos en la España Moderna* (Iberoamericana, Vervuert 2014).

<sup>2</sup> Vida 2,1. En la lectura y referencia de las Obras de Teresa de Jesús hemos utilizado la edición dirigida por Alberto Barrientos, publicada por la editorial Espiritualidad (Madrid 2000, 5ª edición).

<sup>3</sup> J. MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, «Mujeres jesuíticas y Mujeres Jesuitas», en *A Companhia de Jesus na Península Ibérica nos sécs. XVI e XVII, Espiritualidade e cultura* (Porto 2004, vol. I) 369-383.

«Estando un día leyendo en el libro de la vida de la santa madre Teresa de Jesús, llegando a la fundación de Ávila, se me dio a entender –yo no sé cómo, ni quién, ni fue con palabras–, más con gran certeza entendí que yo también saldría de aquella casa y fundaría otras, adonde nuestro Señor se serviría mucho. Como yo era tal, y a mi parecer aquello era tan dificultoso, comencé a turbarme mucho y pareciéndome era el demonio, arrojé el libro de mí y, santiguándome, dije dentro de mí: “Ya no me faltaba otro mal en que caer, sino en tener hablas del demonio y embustes suyos”. Hízome gran miedo, temiendo de mi flaqueza que no me dejase engañar. Estuve algunos días y yo ya olvidaba de lo que había sucedido, torné a toparme con el mismo capítulo, y con mucha mayor fuerza, entendí lo mismo que la vez pasada y quedé con la misma turbación, porque aunque en lo interior me quedaba asentada una secreta confianza, veía tan cerrados los caminos que no podía yo entender cómo podía ser aquello»<sup>4</sup>.

Mencionaba esta monja agustina, entre sus lecturas, las páginas de las epístolas de san Jerónimo, fray Luis de Granada, fray Pedro de Alcántara, las cartas y vida de santa Catalina de Siena. Un proceso que así ella describía: «como fui leyendo, me comencé a aficionar a buenos libros y a tratar de cosas de espíritu; y con la buena compañía, obraba el Señor lo que tantas veces había comenzado y yo desbaratado». La lectura se convertía en un medio de llamada. Por eso, se continuaba manifestando muy cercana a Teresa de Jesús, hasta en la trayectoria fundacional. Indicaba que tuvo el «Libro de la Vida» antes de que fuese impreso y que disponía cerca de sí de las páginas de «Camino de Perfección».

## EL MANDATO DE ESCRIBIR LA VIDA

¿Quién estaba detrás de esa dimensión de lectoras y, especialmente, de escritoras?<sup>5</sup> Se ha definido el «magisterio sumergido», cuando estas mujeres espirituales recibían el mandato de sus confesores y directores, de poner por escrito sus experiencias. Lo vemos repetido en multitud de casos. La mujer no podía predicar pero contaba con otros púlpitos y disponía de más fuentes que las oficiales. Mayores posibilidades a ser escritoras presentaban aquéllas consagradas a la vida religiosa<sup>6</sup>. Las mujeres pertenecientes al ámbito profano –salvo singularidades– no descubrían los hechos de su existencia. Las que se encontraban dedicadas a Dios, a veces sin estar dentro de una comunidad conventual, habían depositado voto de obediencia a una autoridad espiritual. A las casadas, los confesores les aconsejaban privacidad pero a las religiosas y consagradas les pedían que pusiesen por escrito sus vivencias. Escritos que se presentaban como instrumento para desarrollar mejor su trayectoria, sin olvidar un paso a mayores: presentarse como ejemplo de imitación, no solo para las otras monjas o miembros de la comunidad sino también para las seglares. Pero la escritura no era solamente un vehículo para la dirección espiritual,

<sup>4</sup> MARIANA DE SAN JOSÉ «Autobiografía» *Obras completas* (BAC, Madrid 2014) 93-94.

<sup>5</sup> N. BARANDA LETURIO Y M<sup>a</sup> C. MARÍN PINA (eds.), *Letras en la celda. Cultura escrita de los conventos femeninos en la España moderna* (Iberoamericana, Madrid 2014).

<sup>6</sup> A. LAVRIN, «Los senderos interiores de los conventos de monjas» en *El Alma de las Mujeres*, ed. por Javier Burrieza Sánchez (Universidad, Valladolid 2015) 161-180.

en manos del confesor o del director. Iba tomando cuerpo una escritura con una dimensión más pública y didáctica que la imprenta se responsabilizará de propagar.

Asunción Lavrin ha especificado rutas que caminaban hacia la interioridad: biografías, autobiografías y diarios espirituales de las religiosas. Efectivamente, los siglos XVI y XVII fueron ricos en la publicación de *Vidas* de mujeres con una existencia espiritual intensa, capaz de provocar la sorpresa y la perplejidad de los confesores. Las biografías contaban con un autor que tenía que responder al ideal que se establecía para una monja o una mujer espiritual en los días postridentinos y barrocos. Sin embargo, se utilizaban materiales que salían de la propia protagonista, a veces dictados y ordenados por el autor. Así lo indica el jesuita Luis de La Puente para el primer volumen de la «Vida Maravillosa de Marina de Escobar»<sup>7</sup>. Subrayaba que esta mujer que no llegó nunca a ser monja –según algunas tradiciones había pretendido ser carmelita–, presentaba un «estilo derramado y prolijo»<sup>8</sup>. Por eso, La Puente se configuró como el principal intérprete de las palabras de su dirigida, corrector de toda una serie de elementos repetidos, pues ella «cuenta cada visión como si no hubiera contado otra». El autor de la *biografía* pensaba que era más conveniente a los lectores hacerles más asequible el mensaje que se pretendía transmitir. Eso no impedía la inclusión en estas *Vidas* de documentos más personales de la protagonista como la correspondencia conservada.

A veces, la *escritora* se resistía a iniciar esta labor de escritura, aunque esta aptitud podía convertirse también en un recurso retórico que estaba presente dentro de su condición femenina, mostrando la incapacidad para abordar esta tarea. En ocasiones, ni siquiera sabían escribir, barrera que se podía superar gracias a las compañeras de claustro con las que vivían y a las que se lo podía dictar. Pero la mujer con la pluma emergerá en este barroco sacralizado y, muy habitualmente, desde la clausura ¿Se llegaba a convertir en una *válvula de escape* este acto de escribir? Muchas veces era presentado desde las coordenadas del sufrimiento. Habitualmente, en los diarios espirituales aparecía la escritura como asociada a una penitencia prolongada dentro de un tiempo del padecer. Asunción Lavrin subrayaba que las que más se quejaban, eran las que menos se detuvieron en la producción literaria. Lo que nunca dejaba de ser en el siglo XVI la actividad de las letras, sobre todo desde las

<sup>7</sup> L. DE LA PUENTE, *Vida Maravillosa de la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar natural de Valladolid, sacada de lo que ella misma escriuió de orden de sus Padres Espirituales, escrita por el Venerable Padre... de la Compañía de Jesús, su confesor* (Imprenta Francisco Nieto, Madrid 1665). Sobre Marina de Escobar cfr. A. PINTO RAMÍREZ, *Segunda Parte de la Vida Maravillosa de la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar, natural de Valladolid; sacada de lo que ella misma escribió, de orden de sus padres espirituales y de lo que sucedido en su muerte*, escrita por el padre Andrés Pinto Ramírez de la Compañía de Jesús (Viuda de Francisco Nieto, Madrid 1673). Archivo Monasterio Santa Brígida Valladolid (AMSBVa), «Interrogatorio de testigos para el Proceso de Beatificación de la Venerable Marina de Escobar», n.º 1, leg 4; M.ª A. FERNÁNDEZ DEL HOYO, «Marina de Escobar», *Vallisoletanos* (Caja Ahorros Popular, Valladolid 1983); J. BURRIEZA SÁNCHEZ, *Los Milagros de la Corte* (Real Colegio de Ingleses, Valladolid 2002); Idem, «Una fundación tardía de monjas de clausura en la España del siglo XVII», *Revista Mágina* n.º 13 (2009), 175-195. R.M.ª ALABRÚS, «Visiones y sueños de las monjas del barroco español», en *e-Spania*, 21, juin 2015: <https://e-spania.revues.org/24474>.

<sup>8</sup> «Repíte una cosa muchas veces para darse a entender y con palabras demasiadas; y así, juzgué que era mejor que yo [Luis de La Puente] fuese hablando como historiador della, como de tercera persona», «Memorial del padre Luis de La Puente sobre los papeles de doña Marina de los que sacó la primera parte de su Vida», *Obras escogidas del VP. Luis de La Puente*, Biblioteca de Autores Españoles, n.º 111, p. 420.

coordinadas actuales, era incómoda. La enfermedad también podía imposibilitar el contacto directo con el papel. Ocurrió con Marina de Escobar, que inició la elaboración de su *Vida espiritual* hasta que, a partir de 1603 –había escrito setenta folios–, se tuvo que servir de sus compañeras y de algunos confesores y religiosos –jesuitas y dominicos–, que supieron transformarla en la editada «Vida Maravillosa»: de una autobiografía a una biografía.

Todo ello no significaba que no se transformase en esa citada *válvula de escape*, dentro del compromiso espiritual que asumían estas monjas. La carmelita María de San José –a la que después nos referiremos– sufrió la retención de su libertad por expresarse por escrito, pues fue de las descalzas que probó otro tipo de clausura, más bien la provocada por las prisiones. Libertad de escribir que defendió también sor Juana Inés de la Cruz. Esta monja jerónima, empujada a elegir este claustro por el que entonces era su director, el jesuita Antonio Núñez de Miranda, desató todo un debate sobre la libertad intelectual al contradecir las palabras de un “sabio y santo varón” como en aquellos momentos era el también padre de la Compañía, Antonio Vieira, prestigioso predicador. Lo que ella realizó con su «Carta atenagórica» fue «trasgredir el espacio concedido a una mujer»<sup>9</sup>.

Con independencia a la naturaleza del debate anterior, el compromiso espiritual facilitaba la respuesta a ese *mandato*: el de comprometerse con el voto de obediencia a un superior o director espiritual que era, además, la voz de Dios y que ordenaba escribir. Desde su profesión religiosa no se podía negar a sí misma. Un estadio era escribir. Bien diferente se configuraba el segundo que era el publicar, aunque ya vimos como anteriormente existía un deseo de contribuir a lo que se va a llamar teología ejemplar. Unas esperaron ser leídas aunque otras no, porque su acción no tenía por qué tener un fin literario. Luisa de Carvajal no era profesa en ningún convento pero había depositado en manos de sus confesores –jesuitas y clérigos menores– diferentes y singulares votos<sup>10</sup>. Fueron estos directores espirituales los que le mandaron escribir igualmente los habituales apuntes. Papeles que ella, al

<sup>9</sup> J. I. DE LA CRUZ, «Carta atenagórica» en *Obras completas* (México 1997). J. A. RODRÍGUEZ GARRIDO, *La Carta atenagórica de Sor Juana. Textos inéditos de una polémica* (Universidad Autónoma de México, México 2004); O. PAZ, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la fe* (Barcelona 1982); F. ZERTUCHE, *Sor Juana y la Compañía de Jesús* (Monterrey 1961); G. SABAT, «Compañía para sor Marcela de San Félix y sor Juana Inés de la Cruz, escritoras de allá y de acá», en *Historia de las mujeres en España y América Latina. II El Mundo Moderno*, Isabel Morant (dir.) (Madrid 2005) 712-725; J. DE MONTEZUMA DE CARVALHO, *Sor Juana Inés de la Cruz e o Padre António Vieira ou a disputa sobre as finezas de Jesus Christo* (México 1998); R. RICHARD, «Antonio Vieira y Sor Juana Inés de la Cruz», en *Revista de Indias*, vol. 11, núms 43-44, enero-junio 1951, 61-87; P.A.J., «Sor Juana y el padre Vieira: un baile de disfraces», en *Nuevos territorios de la literatura latinoamericana* (Universidad de Buenos Aires, 1997), 34-47; M.C. BENASSY-BERLING, «La mitificación de Sor Juana Inés de la Cruz en el mundo hispánico (finales del siglo XVI – principios del siglo XVIII)», en *Revista de Indias* 55, n° 205, septiembre-diciembre 1995, 541-550.

<sup>10</sup> C. M<sup>a</sup> ABAD, *Una misionera española en la Inglaterra del siglo XVII: Doña Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614)* (Universidad Pontificia de Comillas, Santander 1966); J. BURRIEZA SÁNCHEZ, *Los Milagros de la Corte* (Real Colegio de Ingleses, Valladolid 2002); G. REDWORTH, *She-Apostle. The Extraordinary Life and Death of Luisa de Carvajal* (Oxford University Press 2008); A. J. CRUZ, «Luisa de Carvajal y su conexión jesuita» en *Actas Irvine-92. Asociación Internacional de Hispanistas, vol. II. La mujer y su representación en las Literaturas Hispánicas*, ed. Juan Villegas (Irvine University of California 1994); *The Life and Writing of Luisa de Carvajal y Mendoza*, edited and translated by A. J. Cruz (Centre of Reformation and Renaissance Studies, Victoria University in the University of Toronto 2014).

mismo tiempo, ocultaba bajo llave en su escritorio. Ni siquiera podía consentir que a su muerte fuesen leídos porque eran «cosa de conciencia». Solamente, su confesor inglés, el jesuita Miguel Walpole –«varón de gran bondad y doctrina»– pudo extraer lo más adecuado para la primera *Vida* que se escribió sobre Luisa de Carvajal. Antes tuvo que ordenar cuidadosamente los escritos de esta extremeña que se encontraban desordenados, emanados tal y «como se iban ofreciendo a la pluma». Tras la muerte en 1614 de esta mujer, que era conocida como la «peregrina» por su viaje y estancia de nueve años en la Inglaterra anglicana, sus papeles personales pasaron a Sevilla, a su colegio inglés, donde fueron custodiados por el padre de la Compañía Enrique *Polardo*. A través suyo y del padre Norton, también jesuita y vinculado al colegio inglés de la capital hispalense<sup>11</sup>, Luis Muñoz pudo consultarlos para la elaboración de la segunda de las *Vidas* que le dedicaron. Se presenta este escritor como un autor muy destacado de hagiografías en el siglo XVII<sup>12</sup>.

Escribir había sido una necesidad espiritual y no intelectual. Confiaron algunas de estas autoras –desde sus autobiografías y diarios– que esta acción les había sanado de sus dolores corporales y espirituales; que por la misma habían vencido a demonios reales y metafóricos que se reían de ellas. Lo narrado no era únicamente un relato histórico sino más bien una interpretación de lo sobrenatural que, a menudo, sucedía en sus vidas. Incluso, les había posibilitado la defensa frente a los que habían dudado de ellas o las cuestionaban. Escribir también tenía sus posibles peligros asociados: la soberbia y la vanidad eran algunos de ellos pero también el mantenimiento de la ortodoxia. Así pues, existían reticencias manifiestas por parte de algunas escritoras a entregar a la imprenta lo que habían escrito por mandato de sus directores espirituales. En muy rara ocasión, nacieron estas páginas para ser publicitadas de forma inmediata<sup>13</sup>.

Asunción Lavrin se ha preguntado sobre el espacio de la escritura, la celda habitualmente, desde el cual estas mujeres construían [otro espacio] «más espiritual, en el cual el alma podía seguir sus caminos hacia sus más altos fines». Cuando el confesor Jerónimo Pérez le pidió a la agustina Mariana de San José que escribiese su *Vida*, después de consultárselo con el mencionado jesuita padre La Puente, la monja se retiró en soledad, en una actitud semejante a la de unos Ejercicios Espirituales ignacianos. En poco tiempo escribió todo lo que le pareció notable hasta aquella fecha, que no era otra que mayo de 1609: «No es, Señor mío, de las menores misericordias la que ahora me hacéis en admitir esta mi confesión por escrito para que, siquiera quien me la manda escribir, sepa y tenga memoria de la ingratitud y villanía con que he correspondido en el discurso de mi vida a los beneficios que de vuestras liberales manos he recibido, siendo yo tan incapaz de ninguno, haciendo solo fuerza en impedirlos, con la ruin vida que yo escogía, dejándome llevar por la corriente de mis pasiones»<sup>14</sup>. Se sentía incapaz de hacerlo pero lo conseguía.

<sup>11</sup> J. DE PINEDA, *En las Honras de Doña Luysa de Carvajal defunta en Londres por enero de 1614. Sermón Funebre por el Padre...*, de la Compañía de Jesús en el Seminario de los Alumnos Ingleses de San Gregorio de Sevilla.

<sup>12</sup> L. MUÑOZ, *Vida y Virtudes de la Venerable Virgen Doña Luisa de Carvajal y Mendoza* (Madrid 1897).

<sup>13</sup> I. POUTRIN, *Le voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne moderne* (Casa Velázquez, Madrid 1995) 421-467.

<sup>14</sup> Autobiografía en Obras completas de Mariana de San José, o. c., I, 19.



La celda no era el único espacio para la *creación* pues también en ese universo que era el claustro estaban rodeadas de imágenes en los retablos, en las capillas, en las ermitas de esos desiertos con formato de huerta en los Carmelos descalzos, pinturas, sonidos de órgano, voces de alabanza de la comunidad en el coro, todo ello formando parte de un imaginario espiritual. Tiempo de escritura que estaba robado de las actividades diarias. Todavía se complicaba más la situación si, además, esta monja se hallaba enferma y permanecía muchas horas quieta dentro de su celda. Tan escaso podía ser el soporte de la escritura como el tiempo.

Las mujeres, en los ámbitos espirituales, no eran solamente narradoras y cronistas sino también autoras de obras exegéticas o de páginas con un alto contenido místico. Es el caso de la concepcionista María de Jesús de Ágreda en «Mystica ciudad de Dios»<sup>15</sup>, sin que olvidemos su otra faceta de proyección política desde su epistolario con el rey Felipe IV, como ha vuelto a estudiar recientemente Sara Cabibbo<sup>16</sup>. En la espiritualidad femenina, tanto en las anteriores obras biográficas o autobiográficas como en esos tratados, se recreaban en el cuerpo castigado, imitando los dolores que había sufrido Cristo en su Pasión. Junto a ese tormento, sin estar ajena a la cotidianidad la disciplina corporal, encontramos el amor divino, otro de los temas fundamentales. Monjas escritoras que podían disponer de los recursos de ese amor de Dios que se mostraba recíproco entre ellas y el esposo. Textos en los que se humanizaba el amor divino, haciéndolo comparable con el amor conyugal. Una aproximación que, como indica Lavrin<sup>17</sup>, a las mujeres les era natural y sobre todo a los biógrafos, no objetando éstos sobre este modo de expresión. Una afectividad de las monjas centrada en un esposo angelical que llenaba sus aspiraciones sin llegar a ningún peligro carnal, dentro del marco de la castidad que profesaban. La crítica literaria ha resaltado cómo la mujer religiosa tomaba la iniciativa amorosa, algo común en el imaginario barroco, aunque era Cristo el que se otorgaba en el desposorio espiritual.

A la publicación de estas obras autobiográficas o biográficas se llegaba, con frecuencia, después de la muerte. En numerosas ocasiones era medio de promoción de la santidad por parte de los directores espirituales. Las *Vidas* de religiosas escritas por terceras –es decir por monjas– no fueron tan abundantes aunque las hubo. Suelen reducirse a relaciones manuscritas pues se publicaban pocas. En el archivo del Carmelo vallisoletano las hemos documentado. No se olvidaban las cartas necrológicas que podían ser más amplias, convirtiéndose en un libro de difuntas. Estos materiales después eran incorporados a las crónicas, editadas de manera oficial por

<sup>15</sup> XIMÉNES SAMANIEGO, *Relación de la vida de la venerable Madre sor María de Jesús, Abadesa que fue del Convento de la Purísima Concepción de la villa de Ágreda* (Madrid 1727); S. CABIBBO, «Una profetessa alla corte di Spagna. Il caso di Maria d'Ágreda fra Sei e Settecento» en *Dimensioni e problema della ricerca storica*, 1, 2003, 87-110; G. CALVO MORALES, «El escotismo de la Mística ciudad de Dios y su influencia en el proceso de beatificación de beatificación de la Madre Ágreda», en M. CARBAJO NÚÑEZ (ed.), *Giovanni Duns Scoto: studi e ricerche nel VII centenario della morte* (vol. II, Roma 2008) 257-278; B. FERRÚS ANTÓN, *La monja de Ágreda. Historia y leyenda de la dama azul en Norteamérica* (Valencia 2008).

<sup>16</sup> S. CABIBBO, «Monache carismatiche. Tre studi di caso (ss. XVII-XVIII)» en *El Alma de las Mujeres*, editado por J. BURRIEZA (Universidad de Valladolid, Valladolid 2015) 305-324.

<sup>17</sup> A. LAVRIN, «Los senderos...», *o.c.*, 179.

la Orden<sup>18</sup>. Ocurrió para los carmelitas con Francisco de Santa María<sup>19</sup>, José de Santa Teresa y Manuel de San Jerónimo. Muchas veces, las crónicas o vidas escritas por la cronista en el convento, se tomaban al pie de la letra y se incorporaban a estas obras casi enciclopédicas. La autoría de la primera escritora permanecía anónima. A menudo, también las informaciones recogidas para los procesos informativos, en una futura beatificación o canonización, servían para escribir la *Vida* de aquella venerable o sierva de Dios. Así sucedió con fray Tomás de Jesús y la propia de la madre Teresa –la que recibe la autoría del obispo jerónimo fray Diego de Yepes en 1606–, la segunda después de la publicada por el jesuita Francisco de Ribera<sup>20</sup>.

## LEER Y ESCRIBIR EN LA DEFINICIÓN DEL CARMELO DESCALZO

Nos hemos atrevido a hablar de «Letras descalzas»<sup>21</sup> para resumir las acciones de lectura y escritura de los primeros Carmelos de la Reforma teresiana, de las fundaciones realizadas por la monja abulense y sus primeras compañeras, tanto en el ámbito castellano peninsular como en su posterior y lenta expansión allende de los Pirineos. Las comunidades de esta Reforma eran grupos importantes de mujeres que, en un corto periodo de tiempo, se constituyeron en comunidades de orantes. La lectura primero pero la escritura también, sirvieron de factor de comunicación –y no sólo de recreación– con los próximos y con el Amado que también se consideraba cercano. Teresa de Jesús será la primera gran comunicadora.

Todo movimiento, desplazamiento, viaje y fundación de aquellas monjas en su reforma descalza, dentro de la Orden del Carmelo, se encontraba perfectamente documentado por las letras. A ellas se unían muchas trayectorias, interesantes de ser resaltadas, como entendió la madre Teresa de Jesús desde el principio, aunque con algunas coordenadas nuevas con respecto a la narración de las vidas ejemplares. Y es que también en las hijas de la reformadora existirá una gran variedad social, aunque a veces las que procedían de la aristocracia se convirtieron, como veremos, hasta en un problema editorial. Nos referimos al caso de Casilda de Padilla y al Libro de las Fundaciones.

La definición de la vocación de Teresa de Ahumada primero, Teresa de Jesús después –concentrado a veces en el concepto de la “conversión”– estaba acompañada por lo material de las ideas expresadas en los libros que nunca la abandonaron. Autores de referencia, libros en romance, lecturas que le fueron privadas en virtud de esos «tiempos recios», de esa intervención atosigante de la vigilancia de

<sup>18</sup> Á. ATIENZA LÓPEZ, “Las crónicas de las órdenes religiosas en la España Moderna. Construcciones culturales y militantes de época barroca”, en *Iglesia Memorable, Crónica, historias, escritos... a mayor gloria, Siglos XVI-XVIII* (Sílex, Madrid 2012) 25-50.

<sup>19</sup> FRANCISCO DE SANTA MARÍA PULGAR, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la Primitiva Observancia* (t. I-II, Madrid 1644-1655).

<sup>20</sup> F. DE RIBERA, *La Vida de la Madre Teresa de Jesús. Fundadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas* (Edibesa, Madrid 2004); FRAY DIEGO DE YEPES [TOMÁS DE JESÚS], *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús. Segunda biografía teresiana, 1606*, edición Manuel Diego Sánchez (Editorial Espiritualidad, Madrid 2014).

<sup>21</sup> J. BURRIEZA SÁNCHEZ, *Letras Descalzas. Escritoras y lectoras en el Carmelo de Valladolid* (Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid 2015).

la ortodoxia, mezclada con otras intenciones como fueron los días de 1559, con el inquisidor Fernando de Valdés, los Autos de Fe de Valladolid y Sevilla o los índices de libros prohibidos<sup>22</sup>. Y ante libros que fueron prohibidos, en su vida espiritual la promesa del mismo Jesús que describe en su Libro de la Vida: Cristo será su «libro vivo» que nadie podía prohibir, quemar o alejar:

«Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos [escritos] en latín, me dijo el Señor: No tengas pena, que yo te daré libro vivo. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones: después, desde a bien pocos días, lo entendía muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!»<sup>23</sup>.

«Tiempos recios» decimos porque de todo se sospechaba, desde dentro y desde fuera. La advertencia, no ocasional y puntual, del peligro que suponía el acceso de la mujer a los caminos intensos de la espiritualidad y la aplicación rápida de acusaciones de alumbradismo, hacían caminar por las sendas de la precaución. Una experiencia mística como la de doña Teresa estaba necesitada de la ratificación de adecuados consejeros espirituales, que tardaron en llegar. Era esa *palabra experimentada* que empezó encontrando, de manera muy valiosa, en fray Pedro de Alcántara y en el padre Francisco de Borja, los dos únicos nombres propios que aparecen en el «Libro de la Vida». Buena parte de esa *palabra experimentada* fue después desarrollada en la dirección espiritual de la Compañía de Jesús, aunque no faltando los matices<sup>24</sup>.

En ese mencionado «Libro de la Vida» –toda una autobiografía espiritual desde la infancia– estuvieron tempranamente presentes las letras, la lectura y los libros. Llegaba en su *narración* hasta la fundación del monasterio de San José de Ávila en 1562 aunque las páginas fueron redactadas de manera definitiva en 1565, en uno de los periodos más sosegados de su condición de fundadora, entre la primera casa de Ávila hasta la segunda fundación de Medina del Campo. Después esta obra fue retenida por la Inquisición en la copia que disfrutaba su amigo, el obispo Álvaro de Mendoza, hermano de doña María, la viuda del secretario Francisco de los Cobos. En las páginas de una segunda obra espiritual, también escrita en estos días, «Camino de Perfección», la madre Teresa va a realizar autocensura ante los consejos establecidos por sus amigos y nunca por los miembros de un Tribunal. Textos eliminados que hemos podido recuperar gracias a los estudios de Tomás

<sup>22</sup> J. MARTÍNEZ DE BUJANDA, *El Índice de Libros prohibidos y expurgados de la Inquisición española (1551-1819)*, (BAC, Madrid 2016).

<sup>23</sup> Vida 26, 5-6.

<sup>24</sup> J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «Teresa de Jesús y la Compañía de Jesús. Una palabra experimentada», en Emilio Callado Estela (ed.), *Viviendo sin vivir en mí. Estudios en torno a Teresa de Jesús en el V centenario de su nacimiento*, (Sílex, Madrid 2016).

Álvarez<sup>25</sup>. Quizás no hubiese sido prudente las acusaciones dirigidas a los inquisidores, puestos a los pies de los caballos de quien era el *juez justo*:

«Y no como los jueces del mundo que, como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer, que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido, el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública [prepara desde la humildad la afirmación siguiente]; sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres»<sup>26</sup>.

Todo ello se encuentra contextualizado es ese objetivo de monja orante, sospechosa como hemos dicho para los que vigilaban la ortodoxia. Teresa de Jesús estaba en la vanguardia de ubicar a las mujeres –no sólo en pie de igualdad– sino incluso de superioridad para el desarrollo de la vida espiritual con respecto a los hombres. Parecía que manifestaba lo contrario cuando se refería a ella misma como «mujer y ruin» o cuando escribía en el prólogo de este «Camino de Perfección» que «a cosa tan flaca como somos las mujeres todo nos puede dañar»<sup>27</sup>. Toda una estrategia pues ella misma se adelantaba a las objeciones, a los peros que los lectores podían poner. Esas declaraciones de humildad eran el prólogo a un ataque virulento hacia los varones. Mujeres que parecían estar marginadas desde su nacimiento. Ella lo llegó a calificar de ignorancias que se podrán entender cuando podamos contemplar «la verdad de todas las cosas»: «cuántos padres –escribe en el posterior *Libro de las Fundaciones*– se verán ir al infierno por haber tenido hijos y cuántas madres, y también se verán en el cielo por medio de sus hijas»<sup>28</sup>. Palabras que se contextualizaban dentro de la narración de la historia de Teresa Láiz, fundadora del convento de la Anunciación de Alba de Tormes. «Camino de Perfección» era el impulso para sus monjas primeras de San José a orar en amistad con Dios. Es pues –como ha subrayado Teófanos Egido– un duro frente de «feminismo»<sup>29</sup>.

Teresa de Jesús, en sus obras –nunca entregadas a la imprenta en vida– exige que se acabe el silencio femenino en la Iglesia. Desde una clausura, manifestaba en estas páginas escritas su deseo de «dar voces y disputar, con ser la que soy, con los que dicen que no es menester oración mental»<sup>30</sup>. En su sexta Morada hablaba de aquella «pobre mariposilla, atada a tantas cadenas, que no te dejan volar como querías; y ha gran envidia de los que tienen libertad para dar voces publicando quién es este gran Dios de las caballerías»<sup>31</sup>. Palabras que aunque no impresas, sí

<sup>25</sup> T. ÁLVAREZ, *Paso a paso, leyendo con Teresa su Camino de Perfección*, (Editorial Monte Carmelo, Burgos 1995).

<sup>26</sup> Camino de Perfección (E, manuscrito de la biblioteca del monasterio de San Lorenzo de El Escorial), 4,1, o.c., 521.

<sup>27</sup> Camino de Perfección, Prólogo, 3, o.c., 512.

<sup>28</sup> Libro de las Fundaciones 20, 3, o.c., 405.

<sup>29</sup> T. EGIDO LÓPEZ, *Teresa de Jesús. Escritos para el lector de hoy*, (Editorial Espiritualidad, Madrid 2011); Idem, «La madre Teresa de Jesús, mujer y espiritual en tiempo de Contrarreforma», en *El Alma de las mujeres*, editado por J. Burrieza (Universidad Valladolid, Valladolid 2015), 23-38.

<sup>30</sup> Camino de Perfección, manuscrito El Escorial, 22,2

<sup>31</sup> Moradas 6, 6.

generaron problemas, manifestaciones en las que se atacaba su pretendido magisterio.

El cambio que se produjo en ella en los años sesenta –y que se tradujo en sus fundaciones casi continuadas desde 1567– fue plasmado en otro libro narrativo –el mencionado *de las Fundaciones*– que le encomendó realizar el jesuita Jerónimo de Ripalda. Respondió a la disculpa de la obediencia, aunque ella no lo escribió de seguido. Lo fue retomando en distintas ocasiones. Comenzó a narrar esa trayectoria singular en 1573 y lo prosiguió hasta la última de sus fundaciones en Burgos, en el mismo año de su muerte en 1582. En esta dimensión vital de sus escritos también incluimos su abundantísima correspondencia de la que solamente se conserva una mínima parte, aquellas que ella escribía, que sus destinatarios guardaron pero nunca las que recibía, que la madre Teresa destruyó.

El confesor, a veces ordenaba escribir y otras veces quemar, como ocurrió con Diego de Yanguas y las «Meditaciones sobre los Cantares» –el Cantar de los Cantares–, aunque se conservan copias manuscritas como después veremos, pues estass ya circulaban en vida de la Madre. Un libro bíblico «peligroso», comentado por una mujer, pero tan importante para conocer la mística del siglo XVI. Y como en lo místico, los grados y las cumbres cuentan con su importancia, esta se halla en «Las Moradas» o «Castillo Interior», escrito en los días de máxima tensión con los calzados y en los cuales estuvo Teresa de Jesús confinada en Toledo y Ávila. En sus páginas, como obra cumbre de la mística, describía con gran belleza su experiencia de vida espiritual. Un autógrafo que permanece en las carmelitas descalzas de Sevilla.

La repercusión de sus palabras se produjo especialmente después de su muerte. Aquella sociedad de inmovilismos también contaba con sus propios medios de comunicación. Teresa de Jesús empezó a ser leída en numerosos lugares, en conventos que nada tenían que ver con la familia carmelitana. Dispuso de sus hagiógrafos aunque allí no descubriremos a la histórica Teresa de Jesús sino a los estereotipos que eran menester para el reconocimiento de la santidad según los cánones del barroco. Ella había dejado preparada su obra «Camino de Perfección» para ser entregada a la imprenta. Sin embargo, a pesar de tener que esperar a la labor de fray Luis de León en la propia década de los ochenta de su fallecimiento, los escritos de la Madre también tuvieron difusión desde las mencionadas copias manuscritas que se realizaban.

Estas, como hemos venido diciendo, desempeñaron su papel y se vinieron realizando en vida de Teresa de Jesús, siendo leídas no sólo en los Carmelos. Uno de los que pudo conocer el «Libro de la Vida» fue Martín Gutiérrez, jesuita de Castilla, tanto en los colegios de Valladolid como en el de Salamanca. En voz alta y durante la enfermedad que este padeció, el entonces colegial Bartolomé Pérez de Nueros le leía estas páginas. Jerónimo de Ripalda, cuando se encontraba en la ciudad del Tormes, también fue uno de los primeros lectores<sup>32</sup>. Gracias a la existencia de estas copias manuscritas, Teresa de Jesús pudo arrojar al fuego con solemnidad ese

<sup>32</sup> E. LLAMAS, «Libro de la Vida», en Introducción a la lectura de Santa Teresa, (Editorial Espiritualidad, Madrid 1978) 205-239.

Comentario al *Cantar de los Cantares*, cuando así se lo pidieron, pues sabía que no destruía el texto aunque sí el manuscrito original. Al mismo tiempo, su sobrina Teresita de Ahumada –que como veremos formaba parte del equipo de trabajo de la anciana monja reformadora– pudo transcribir en los últimos meses de convivencia con su tía el «Libro de la Vida», cuyo original hemos dicho estaba secuestrado por el inquisidor general. Original que no fue recuperado, en su manuscrito, hasta la acción de Ana de Jesús, una vez fallecida la Madre.

Para la existencia de copias manuscritas era muy importante la presencia en los Carmelos de las «monjas de buena letra». En Valladolid, tenemos el ejemplo temprano de María de San José Dantisco, hermana del famoso superior fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios<sup>33</sup>. Tuvo un papel muy importante para la que era priora de aquel Carmelo, la madre María Bautista –sobrina de la propia Teresa de Jesús–, pues la responsabilizó en el encargo de escribir las cartas, dentro de un sistema epistolar tan importante como aquel carmelitano, al estilo de lo establecido por el padre Juan de Polanco, secretario de Ignacio de Loyola, para los jesuitas. La jovencísima hermana de fray Jerónimo Gracián se ocupaba de los libros del convento. Y será en el llamado Libro Azul donde hoy podemos leer una copia manuscrita de las Fundaciones, así como una parte de las Moradas, de puño y letra de esta descalza, «de letra de María de San José (Gracián)»<sup>34</sup>.

Por supuesto, las obras de Teresa de Jesús no eran las únicas que corrían manuscritas. La que fue priora de Palencia, Catalina del Espíritu Santo –en el siglo, Catalina de Tolosa, impulsora años antes de la última fundación teresiana en Burgos en 1582–, realizó una copia del «Cántico Espiritual» de fray Juan de la Cruz, conservado en el archivo del Carmelo vallisoletano, en el que vivieron dos de sus hijas, una de ellas como priora<sup>35</sup>. Ese «Cántico Espiritual» estaba dedicado, precisamente, a una de las más importantes colaboradoras de la madre Teresa, Ana de Jesús, priora en Beas de Segura, comunidad de la que fue confesor fray Juan de la Cruz. Ambos dos, fraile y monja, fueron posteriormente los fundadores del Carmelo de Granada. La mencionada copista, Catalina del Espíritu Santo, fue además madre de cinco monjas carmelitas –la sexta murió– y de dos frailes descalzos.

Dejando estas copias manuscritas, con las obras ya publicadas en la edición de 1588 de fray Luis de León, no se había completado la publicación de las *páginas* de

<sup>33</sup> Entró en el Carmelo de Valladolid donde recibió el hábito en mayo de 1578, profesando un año después. Moró en este claustro por espacio de diez años. Después la obediencia la trasladó al convento de Madrid en 1588, la fundación tan deseada por Teresa de Jesús, pasando después a Consuegra, convento del cual fue priora. Los conflictos dentro de la Orden afectaron a su hermano fray Jerónimo. Murió prematuramente a los 48 años, en mayo de 1611, después de treinta y dos años de haber recibido el hábito. Debemos distinguirla de María de San José Salazar, priora de Sevilla y Lisboa, y de María de San José, hermana del capellán Julián de Ávila, que nunca salió de San José de la ciudad de los caballeros.

<sup>34</sup> Archivo Convento Carmelitas Valladolid (en adelante ACCV), *Copia manuscrita miscelánea o Libro Azul que contiene copia de las Fundaciones y moradas: Libro de las Fundaciones*, ff. 1-117; *Traslado de una parte de las Moradas*, 119-132, M-I, ff. 1-117, 119-132.

<sup>35</sup> ACCV, «Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz. Copia de la Madre Catalina del Espíritu Santo, madre de Casilda de San Angelo y que fue religiosa y murió en Palencia», Ms M-36. Cfr. «Vida de la Venerable Madre Catalina del Espíritu Santo», en *Monte Carmelo* 96 (1988), 489-507.

la madre Teresa. *Las Fundaciones* fueron más tardías<sup>36</sup>. Su contenido implicaba a numerosas personas contemporáneas, lo que impidió su publicación más o menos inmediata en los días de la propia madre Teresa. Especial polvareda se había levantado con la vocación frustrada de Casilda de Padilla, la hija del difunto adelantado de Castilla –Juan de Padilla– y de la condesa de Buendía, doña María de Acuña, protagonista de los capítulos décimo y undécimo.

El lenguaje cotidiano dentro de los asuntos más diarios estaba en el epistolario. Comenzaron a reunirse las colecciones de cartas cuya primera edición fue de 1658, convenientemente anotadas por el obispo Juan de Palafox. Sesenta y cinco cartas escogidas –que era otra manera de dirigir la lectura– por el entonces general de la Orden descalza fray Diego de la Presentación. Palafox tardó un mes en desarrollar este trabajo de anotación. Conoció la mutilación de algunos autógrafos de la santa y censuró estos comportamientos en la introducción a la misma. Notas que no resultaban críticas, ni literarias. Tomás Álvarez pensaba que sólo eran parcialmente históricas. Lo que más le interesaba a Palafox era atraer la atención del lector: «saldrá de leerlas aprovechado, por lo mucho que la Santa alumbra y enseña en sus cartas». Pensaba que estas notas debían ser breves y claras; eran como las cejas y las pestañas, que servían para adornar pero no eran indispensables. Posteriormente, no sólo se produjo el éxito de la edición. Se tradujeron sucesivamente al francés y al italiano. Además se aumentó el número de las que se disponía editadas hasta llegar a las trescientas setenta y una, a finales del siglo XVIII<sup>37</sup>.

## UNA REFORMA QUE SE REALIZÓ LEYENDO Y ESCRIBIENDO

Tanto Teresa de Jesús como su discípula medinense Ana de Jesús, desarrollaron con creces esa dimensión de fundadoras<sup>38</sup>. La segunda lo hizo en una generación posterior y después de haber colaborado con la Madre en Beas de Segura y Granada. Abrió en 1586 el Carmelo de Madrid, en la Corte de su “Magestad Católica”. Con importantes controversias de por medio, en 1604 iniciaba la empresa fundadora en Francia, acompañada de otras cinco descalzas, entre ellas Ana de San Bartolomé, secretaria y enfermera que había sido de la madre Teresa. Desde París, tras algunas fundaciones, emprendió camino hacia Bruselas donde abrió el convento a principios de 1607. En este ámbito flamenco se produjo el punto de encuentro con dos frailes carmelitas que habían vivido con intensidad las tensiones y controversias de la orden: fray Jerónimo Gracián y fray Tomás de Jesús.

Cincuenta años en el Carmelo permaneció Ana de Jesús hasta su muerte en 1621. Esa relación estrecha con la Madre no estuvo exenta de problemas, precisamente por una carta que le dirigió Teresa de Jesús cuando era la segunda priora de Granada, invitándole a la obediencia. Carta que fue incluida en la mencionada

<sup>36</sup> TERESA DE JESÚS, *Las Fundaciones*, revisión textual, introducción y notas de Teófanés Egido, (Editorial Espiritualidad, Madrid 2011).

<sup>37</sup> T. ÁLVAREZ, “El Venerable Juan de Palafox ante las Cartas de Santa Teresa. Desde la primera edición española hasta la primera traducción francesa (1658-1660)” en *Monte Carmelo* 109 (2001), 125-143.

<sup>38</sup> I. MORIONES, *Ana de Jesús y la herencia teresiana ¿Humanismo cristiano o rigor primitivo?* (Teresianum, Roma 1968).

primera edición que sobre la correspondencia realizó en 1658 el mencionado obispo Palafox. Tras la muerte de la madre Teresa en 1582, su discípula se significó contra los partidarios del que era superior de la orden, el italiano Nicolás Doria, con notables problemas mientras permaneció en Francia. Por el contrario, se mostró muy cercana al mencionado ámbito poético espiritual de fray Juan de la Cruz.

Como mujer de letras<sup>39</sup>, interesa mucho su participación en la edición de las obras de la madre Teresa. Intenciones manifestadas en dos tiempos diferentes. Valiéndose de la emperatriz viuda María de Austria, hermana de Felipe II, moradora en la Corte madrileña después de haber enviudado de su esposo el emperador Maximiliano II, la madre Ana de Jesús –entonces priora en Madrid– consiguió recuperar el manuscrito del «Libro de la Vida», secuestrado por la Inquisición y en manos del inquisidor general. Así había ocurrido, precisamente, desde aquel viaje que habían realizado juntas para fundar en Beas de Segura. Era una piedra angular para que fray Luis de León emprendiese la primera edición de los escritos de la fundadora –que como hemos dicho nunca iba a ser completa–. Precisamente, el editor se dirigió a la madre Ana de Jesús en su famosa carta-prólogo, imprimiéndose la edición en Salamanca en 1588. Fue una propagadora de las obras de la monja reformadora por las ciudades de Francia y Flandes por donde pasó, aunque tampoco estuvo ajena a proyectos fundadores en Polonia y Alemania. En un segundo tiempo intervino en la publicación del *Libro de las Fundaciones*<sup>40</sup>. Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé –de la que hablaremos luego– no fueron las únicas fundadoras en Francia que escribieron. Isabel de los Ángeles estuvo en París, Poitiers y Dijon pero colaboró muy estrechamente en los comienzos de Amiens y Limoges donde murió en octubre de 1644. Precisamente, su *Vida* fue escrita en francés por Francisca de Santa Teresa y publicada en la capital parisina en 1658<sup>41</sup>.

Igualmente, entre las fundadoras encontramos a Isabel de Santo Domingo y a Catalina de Cristo. A la primera, fue fray Pedro de Alcántara el que la orientó hacia el modo de hacer de la reformadora, recibiendo el hábito de sus manos en 1563. Ambas convivieron mucho, en viajes que culminaron en las fundaciones de Toledo, Pastrana o Segovia. Precisamente, la fundación de la princesa de Éboli fue su cruz. Como mujer de temple le había encomendado la Madre su gobierno hasta que, en 1574, salió clandestinamente con todas las monjas hacia Segovia. Allí, Isabel de Santo Domingo conoció y trató a fray Juan de la Cruz. En 1588, fundó en Zaragoza, casi al mismo tiempo que Catalina de Cristo caminaba hacia Barcelona. De hecho,

<sup>39</sup> A. FORTES - R. PALMERO, *Ana de Jesús, carmelita descalza. Escritos y documentos*, (Burgos, 1996); M<sup>a</sup> PILAR MANERO SOROLLA, «Ana de Jesús y las biografías del Carmen descalzo» en Florencio Sevilla y Carlos Alvar (eds.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, (Castalia, Fundación Duques de Soria Madrid, 2000), vol. IV, 145-153.

<sup>40</sup> Ana de Jesús dispuso de un biógrafo de gran calidad, el cisterciense fray Ángel Manrique, obispo que fue de Badajoz: *La Venerable Madre Ana de Jesús, discípula y compañera de la S.M. Teresa de Jesús y principal aumento de su Orden, fundadora de Francia y Flandes*, Bruselas 1632, dos volúmenes.

<sup>41</sup> Distintos autores como el padre Villiers o Manuel Serrano localizaron algunas cartas espirituales escritas por esta carmelita nacida en Villacastín en febrero de 1565. Entre sus hermanos, uno fue provincial del Carmen en Castilla la Vieja y tres hermanas junto con ella entraron en religión. Entró en el Carmelo de Salamanca, convento en el que profesó. Fue designada para la empresa fundadora de Francia (M. SERRANO, *Apuntes para una Biblioteca de Escritas Españolas* (Biblioteca Autores Españoles, Madrid 1976: en adelante Apuntes I, 32-38).



el protector zaragozano, el canónigo Jerónimo de Sora, había pedido a su amigo, el superior carmelita fray Nicolás Doria, que Catalina de Cristo, priora que fue de Soria y Pamplona, desarrollase esta fundación aragonesa. Esta ya se encontraba comprometida con el Carmelo de Barcelona, aunque Doria envió a una mujer formada por Teresa de Jesús. Diez años después, Isabel de Santo Domingo ejerció de priora en Ocaña, continuó a Segovia y concluyó en San José de Ávila, con 92 años de vida. Fue Miguel Bautista Lanuza el que escribió y publicó en 1638 y en Madrid la primera biografía de esta monja. En la portada de la mencionada obra, mientras Isabel de Santo Domingo regaba los huertecillos en donde figuraban los conventos fundados en los que ella había intervenido, Teresa de Jesús hacía un ramo de flores que iba a ser ofrecido a la Virgen con el Niño. En la escena serían custodiadas por san José y por el profeta Elías<sup>42</sup>.

Se encontraba Isabel de Santo Domingo en Zaragoza cuando recibió una carta en la que se pudo enterar de los deseos de una señora llamada Marina de Jesús, esposa y madre de dos hijas, hacia la Orden del Carmen. Habían llegado a las Indias unas personas que habían nacido en Pastrana, muy cercanas a las monjas y frailes descalzos pues tenían en la orden varios de sus familiares. Se encontraron en la Ciudad de Los Ángeles –es decir, en la mexicana Puebla de los Ángeles– con la mencionada señora doña Marina, con la que mantuvieron distintas conversaciones sobre las fundaciones que las carmelitas habían realizado de la mano de Teresa de Jesús, de cómo era su estilo de vida y de qué manera se había visto auxiliada por la madre Isabel de Santo Domingo que, como mencionamos líneas atrás, había sobrellevado la fundación de Pastrana. Fue entonces, cuando doña Marina decidió escribir a la fundadora de Zaragoza, ofreciéndole sus deseos de servirla en aquellas tierras de las Indias en compañía de su familia. A través de este medio de comunicación que eran las cartas, le expresó el deseo de establecer una casa de descalzas en Puebla, como las que había realizado Teresa de Jesús y la propia Isabel de Santo Domingo en Castilla y Aragón. Por eso, le solicitaba los documentos fundamentales como eran la Regla y las Constituciones, además de una muñeca que le permitiese conocer de qué manera iban vestidas. La madre Isabel se entusiasmó con el proyecto.

Por eso, antes de obrar de manera independiente, escribió al padre general Elías de San Martín, indicándole los deseos que le había expresado Marina de Jesús. El general le dio licencia para remitirle todo lo que pedía. De esta manera, hacia Puebla de los Ángeles salieron los textos de las Reglas y Constituciones, un libro con los escritos de la madre Teresa –quizás la edición de fray Luis de León– y una muñeca para que pudiese comprobar cómo vestían de sayal y estameña. Por último, en una carta escrita por la propia madre Isabel, le explicaba en qué orden eran las comidas, cómo era su vida cotidiana en el claustro, la penitencia, la oración, la mortificación, subrayándole que siempre que fuese necesario, se pondría en contacto con ella a través del medio epistolar. Cuando conoció doña Marina, en

---

<sup>42</sup> M. BAUTISTA LANUZA, *Vida de la Bendita Madre Isabel de Santo Domingo, compañera de Santa Teresa de Jesús, coadjutora de la Santa en la nueva reforma de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, fundadora del monasterio de San José de Zaragoza* (Madrid 1638). Pocos años más tarde, el mismo autor publicaba (1659), *Fundación y excelencias del monasterio de San José de Carmelitas Descalzas de Zaragoza*.

Puebla, todo lo que recibía, decidió poner en marcha la fundación junto con sus hijas pero con ellas dentro de la clausura. Para eso, su marido decidió profesar como franciscano. Las mujeres de aquella familia conventual –como lo eran muchas en aquella sacralización–, no avanzaban en ninguno de sus pasos sin consultar aquella carta que les había remitido Isabel de Santo Domingo. Ellas fueron las fundadoras primeras del Carmelo en las Indias a través de este monasterio que se puso bajo la advocación de San José y Santa Teresa (esta última desde 1622). Una fundación por escrito<sup>43</sup>.

Catalina de Cristo era la joven de Madrigal que comenzó en Medina en 1571 y que extendió la Reforma teresiana, no solo a las extremaduras de Castilla sino a otros reinos y ciudades, a Pamplona en 1583 y a Barcelona en el año de la Armada Invencible, que se encargó de profetizar en el desastre: «espíritu muy alto y no es menester saber más para gobernar», indicaba la propia Madre. De nuevo, había sido Miguel Bautista Lanuza, probablemente con muchos materiales elaborados por las monjas en sus conventos, el que dio cuenta en la *Vida* de esta fundadora de cómo había profetizado el suceso del mencionado desastre de la Armada que había zarpado para invadir Inglaterra. La profecía también era otro medio de comunicación. Catalina de Cristo no fue tampoco la única que se refirió a este asunto:

«He de dar cuenta de vna profecía de la Sierva de Dios (sin duda admirable) hecha en este tiempo sobre nuestra infeliz jornada contra Inglaterra [...] avía mandado el Católico Rey, que se hiziera particular y continua Oración en los Reynos de España. Avía algunos meses que se hazía en este Convento de Carmelitas de Pamplona, como en los demás de la Descalcez, tan obligados a su mayor protector. Tomó la Madre muy por su cuenta este negocio; retirábase muchas horas á la Oración y dava larga permissiones a las monjas, para que, à este fin se exercitassen en grandes penitencias y encargava a los Siervos de Dios sus conocidos que hiziessen lo mismo; procurando obligarle con multiplicar los intercessores, para que nos concediera el buen sucesso. Pero todo el tiempo que se trataba de prevenir la Armada, que fue desde el fin del año de 1587, andava la Venerable Madre con tanta aflicción que si bien oía decir que afiançavan las preuenciones con fundada esperança la vitoria no hallaba en la oración (quando se la pedía á Dios), el consuelo y satisfacción que en otras cosas le solía dar. Estando con esta pena vn día, después de aver comulgado, entendió averla dicho su Magestad, á manera de exclamación: “Que quieres, Hija, que haga, que son muy pocos los que van, por solo servirme. Vnos van por intereses y otros por honra y vanidad”. Desde entonces quedó tan persuadida, de que no auía de lograrse la jornada, que llegando dentro de pocos meses a Monserrate [el Santuario de la Virgen de Monserrat junto a Barcelona] y pidiéndole el Abad, que encomendasse a Dios con todas veras nuestra Armada, porque siervos suyos tenían esperanças

<sup>43</sup> Cfr. CARMELITAS DESCALZAS DEL MONASTERIO DE SAN JOSÉ DE ZARAGOZA, *Isabel de Santo Domingo, discípula y compañera de Teresa de Jesús*, Carmelitas Descalzas (Zaragoza 2014), 188-189. Este testimonio se conoce a través de los llamados «Manuscritos de la madre Felician», 59 folios fechados en 23 de febrero de 1623 que comienza de la siguiente manera: «Por cumplir con el precepto que nuestro padre general fray Juan del Espíritu Santo nos ha dado para que digamos todo lo que sabemos de nuestra venerable madre Isabel». La fundación de América se encuentra en los folios 40-41. Además de la mencionada *Vida* de Lanuza en el siglo XVII, cfr. P. DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, *Breve compendio de la vida admirable de la madre Isabel de Santo Domingo, hija muy querida y compañera de Santa Teresa de Jesús*, (Toledo 1922).

de vn feliz sucesso; le respondió mostrando en el semblante, la poca satisfacción que le quedaba; pero con palabras de mucho peso.

Mas claramente habló en este viaje [hacia Cataluña] à los dos hermanos, Don Frances y Don Carlos de Ayanz, que la acompañaban; pues les declaró lo que esperaba; y sucedió ocho meses después. Y como ambos tenían grande crédito de sus profecías, quedaron con cyudado y lo refirieron á diferentes personas, quando ya fue pública nuestra pérdida»<sup>44</sup>.

Los argumentos sobre la Armada de Inglaterra, esgrimidos por esta monja, los conocieron muy pocas personas antes de producirse el desastre. Después fue necesario que el jesuita Pedro de Ribadeneyra explicase el porqué de lo sucedido, teniendo en cuenta que la Monarquía de España era la católica y que las tropas habían sido enviadas para invadir el Reino de una soberana «hereje». Desde la plataforma de la profecía, como de la propia de las visiones, se trataban asuntos no sólo de índole político sino también propios de la Orden, como los propios del Carmelo por Francia<sup>45</sup>.

María de San José Salazar ha sido calificada como la «primera gran escritora carmelita descalza» después de la propia Madre<sup>46</sup>: «de cuantas discípulas tuvo la insigne reformadora del Carmelo –escribía Manuel Serrano, en su autorizada obra de escritoras–, acaso ninguna descolló por su talento literario como sor María de San José; su prosa es fácil, tersa y elegante sin afectación, y sus versos muy dignos de alabanzas»<sup>47</sup>.

Se conocieron mientras la madre Teresa vivió en 1562, en vísperas de la fundación de San José de Ávila, en el palacio toledano de Luisa de la Cerda. El impacto que le causó, le condujo a orientar su vida y a pensar en una vocación religiosa. Así entró en el Carmelo de Malagón, abierto por su señora. Acompañó después en los viajes de Andalucía a la reformadora, llegando hasta Sevilla, convento del que fue

<sup>44</sup> M. BAUTISTA LANUZA, *Vida de la Venerable Madre Catalina de Christo, carmelita descalza, compañera de la Santa Madre Teresa de Jesus, llamada en el siglo Doña Catalina de Balmaseda, escrita por Don...*, *Cavallero de la Orden de Santiago, del Consejo de su Magestad, en el Supremo de Aragón y Protonotario en los Reynos de esta Corona*, Zaragoza 1659 (la primera edición es de 1659); edición facsímil (Librerías París-Valencia, Valencia 1999), 131-134.

<sup>45</sup> La expansión por Francia estuvo muy presente entre las monjas descalzas que vivieron a principios del siglo XVII aquel proceso. A las profecías de Estefanía de los Apóstoles a este respecto, también se refería la Relación que narraba la Vida de Catalina del Espíritu Santo (Tolosa) del Carmelo de Palencia: «Tres o cuatro meses antes que muriese, le escribió desde Valladolid la hermana Estefanía de los Apóstoles [ya veremos qué importante era que esta monja escribiese cartas], que en una visión había visto a Cristo nuestro Señor, que tenía presente a la misma madre y que con la mano la estaba llamando blanda y amorosamente y que no la había declarado más, y no sabía si era para morirse o para ir a fundar a Francia, que a la sazón se andaba señalando las religiosas que iban a ir», en T. ÁLVAREZ, «Catalina de Tolosa, semblanza del siglo XVII», en *Monte Carmelo* 96 (1988), 489-507.

<sup>46</sup> María de San José (Salazar), *Escritos Espirituales*, edición y notas de Simeón de la Sagrada Familia, Roma 1979 [las citas de sus obras se realizarán a partir de esta edición]; R. PASCUAL ELÍAS, *María de San José (Salazar). Heredera y transmisora del carisma teresiano*, (Editorial Monte Carmelo, Burgos 2014); C. ROS, *La hija predilecta de Teresa de Jesús. María de San José*, (Cultiva, Libros, Sevilla 2008), SILVERIO DE SANTA TERESA, «Fisonomía de Santa Teresa por la Madre María de San José», *Monte Carmelo* 8 (1907), pp. 787-790.

<sup>47</sup> M. SERRANO, *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas desde el año 1401 al 1833*, Madrid 1903, t. II, pp. 333-334. Cfr. el artículo completo, pp. 333-350.

la primera priora<sup>48</sup>. Se iniciaron allí días difíciles porque, en la ciudad hispalense, fue denunciada la comunidad a la Inquisición y, además de la declaración que tuvo que prestar la madre Teresa –ante el jesuita Rodrigo Álvarez<sup>49</sup>–, los inquisidores no faltaron en sus investigaciones. Cuando la monja reformadora emprendió regreso a Castilla, ambas no habrían de volver a verse, ausencia paliada por la abundante correspondencia –la mayor colección de cartas se encuentran depositadas en el convento de Valladolid–. También fue por impulso de la madre priora cuando, antes de partir la reformadora, el pintor carmelita fray Juan de la Miseria realizó el famoso retrato de Teresa de Jesús, presente en el convento de Sevilla para paliar su ausencia. No tuvo éxito María de San José cuando intentó reformar el convento de monjas calzadas de Paterna, en Valencia.

Las persecuciones contra las descalzas se agudizaron a finales de 1578. Se unieron contra la priora María de San José el provincial calzado fray Diego de Cárdenas, un confesor no muy versado y dos monjas llamadas Beatriz de la Madre de Dios y Margarita de la Concepción, que consiguieron la destitución de esta monja escritora como priora, siendo la primera nombrada vicaria –la “negra vicaria” como la calificó Teresa de Jesús– y presentándose ante la Inquisición un memorial de diferentes acusaciones contra la propia María de San José, el padre Gracián y la misma Teresa de Jesús. A la hora de sufrir la cárcel conventual, allí recibió las cartas de la Madre. Seis meses después, a finales de junio de 1579, el nuevo superior de los descalzos fray Ángel de Salazar, la restituyó a su oficio. Por unanimidad, la comunidad la reeligió como priora en enero de 1580. Se iniciaba una etapa de mayor tranquilidad en la que conoció la constitución de la provincia de los descalzos con la elección de Jerónimo Gracián como superior y la posterior muerte de la madre Teresa de Jesús en Alba de Tormes.

Parecía que María de San José estaba llamada a ser la primera impulsora de la expansión *internacional* de la reforma descalza. A ella, por primera vez, se dirigió el francés Juan de Quintanadueñas de Brétigny para iniciar la fundación del Carmelo allende los Pirineos. Para estas intenciones viajó a la propia ciudad de Sevilla. María de San José se adhería a la empresa pero no para efectuarla. Sin embargo, fue la primera carmelita descalza que fundó un convento fuera de España. Eso sí, Portugal se encontraba integrada como corona en la Monarquía de Felipe II. El destino era Lisboa. Iba acompañada por frailes descalzos, cosa que no les ocurrió posteriormente a las *francesas*. Era el Carmelo de San Alberto y San José desde 1585<sup>50</sup>, en los días

<sup>48</sup> M<sup>a</sup> L. CANO NAVAS, *El convento de San José del Carmen de Sevilla. Las Teresas. Estudio Histórico-Artístico*, (Editorial Universidad Sevilla, Sevilla 2016).

<sup>49</sup> F. BORJA MEDINA, «Álvarez, Rodrigo», en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid-Roma 2001, t. 1, pp. 93-94; A. GONZÁLEZ POLVILLO, «El jesuita y confesor de Santa Teresa de Jesús Rodrigo Álvarez: características y genealogía de su espiritualidad», *Hispania Sacra* LXIV, 129 (enero-junio 2012), 141-186.

<sup>50</sup> I. MORUJÃO, «María de San José (Salazar) ocd, fundadora del primer Carmelo descalzo femenino en Portugal», *Revista Espiritualidad* 63 (2004), p. 177-211. Ante las críticas por haber dado la advocación de San Alberto al Carmelo de Lisboa, cuando todos los de España –salvo excepciones como el de Valladolid de la Concepción del Carmen– se confiaban a la protección de san José, esta fundadora escribió: «José, Patrón general / del Carmen, no es maravilla / que juzgue por desigual / ser segundo en Portugal / siendo primero en Castilla. / Por general comunica / a los dos igual favor, / mas por singular amor / al lusitano le aplica / otro segundo pastor. / Que en uno y otro Carmelo / doblado espíritu y celo / aun no sufre en una ley, / ni en la tierra un solo rey, / ni un Patrón solo en el cielo. / De todo es patrón José, / pero aquí

en que era virrey de aquella corona el archiduque Alberto de Austria, sobrino del Rey de España y posterior esposo de Isabel Clara Eugenia. Fue una etapa, la lisboeta, muy importante en la vida de María de San José, más amplia que la desarrollada en Sevilla, además de mucho más contradictoria. Controversias que provenían de los propios superiores de la Reforma descalza. Con todo, se manifestó la carmelita como la mujer de gobierno que también sabía tratar con el mundo<sup>51</sup>.

Lisboa fue escenario de la elaboración de casi todos sus escritos. Casi contemporáneo de aquel comienzo, en 1585, fue el «Libro de Recreaciones»<sup>52</sup>. Se trata de los diálogos entre varias monjas de la comunidad, todas ellas escondidas tras pseudónimos. Se incluía la misma autora de la obra, María de San José, tras el nombre de «Gracia». Se trata de una fuente muy interesante para conocer los comienzos de la Reforma, lo que suponía la Orden del Carmen con los criterios habituales de antigüedad que tanto se valoraban, su vinculación con Teresa de Jesús –también oculta tras el nombre de «Ángela»–, los conventos que se fundaron así como los efectos que el amor divino produce en las almas que se benefician de él<sup>53</sup>. Las recreaciones que formaban parte de la concepción humanística que de la clausura tenía Teresa de Jesús, no están ajenas del debate de la escritura en las mujeres:

«–Yo confieso –respondió Justa [uno de los pseudónimos de las monjas]– que sería muy gran yerro escribir ni meterse las mujeres en la Escritura, ni en cosas de letras, digo las que no saben más que mujeres, porque muchas ha habido que se han igualado y aun aventajado a muchos varones; pero dejemos esto, ¿qué mal es que escriban mujeres cosas caseras? Que también a ellas les toca, como a los hombres, hacer memoria de las virtudes y buenas obras de sus madres y maestras, en las cosas que sólo ellas que las comunican pueden saber, y forzosamente ocultas a ellos; fuera de que podría ser que a las que están por venir les cuadrara más, aunque escrito con ignorancia y sin curiosidad, que si las escribiesen los hombres, porque en caso de escribir y tratar de valor y virtud de mujeres, solemos tenerlos

---

se le une Alberto, / gran defensor de la fe, / que de sus designios ve / franco en Portugal el puerto. / Que del martirio la empresa / que Alberto mostró a Teresa / la ejecución se difiere, / y desempeñarse quiere / en la sangre portuguesa” (ed. S. DE LA SAGRADA FAMILIA, «San Alberto y San José. Patronos del Primer Monasterio de Carmelitas Descalzas de Portugal, Lisboa, 1585, o.c., 506-507).

<sup>51</sup> Por ejemplo, con las monjas que primero las acogieron en la capital portuguesa, las dominicas de la Anunciata, con quien firmó una carta de hermandad: «Santa concordia y hermandad entre las carmelitas descalzas de Lisboa y las Dominicas de la Anunciata de la misma ciudad, compuesta por la Madre María de San José a principios de 1585, antes de despedirse de las buenas Madres Dominicas de la Anunciata que con tanto cariño habían hospedado a ella y a sus hijas durante el mes que pasaron en Lisboa antes de arreglar su propio convento», (ed. S. SAGRADA FAMILIA, o.c., 43-44).

<sup>52</sup> M<sup>a</sup> J. DE LA PASCUA SÁNCHEZ, «Escritura y experiencia femenina: la memoria de las Descalzas en el “Libro de Recreaciones” de sor María de San José», en *Trocadero*, Universidad de Cádiz, núms 12-13 (2000-2001), 295-313.

<sup>53</sup> Al contrario de lo que ocurre con Teresa de Jesús, no se dispone del manuscrito original. Según relata fray Siméon de la Sagrada Familia, se conoce esta obra gracias a una copia del siglo XVII, en plena noche oscura de María de San José, que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional (ms 3508), perteneciente a los papeles del convento de los frailes carmelitas descalzos de Málaga. En la labor de recuperación de esta monja que se realizó, a principios del siglo XX, se elaboró una transcripción de la misma, conservada en el Archivo Silveriano de Burgos [padre Silverio de Santa Teresa], utilizada tanto por fray Eduardo de Santa Teresa en la publicación que realizó en Monte Carmelo (a lo largo de 1909) como en un volumen aparte por el padre Silverio. Solamente, un fragmento de esta obra se conserva en el convento de las *Terasas* de la ciudad de Sevilla.

por sospechosos, y a las veces nos harán daño, porque no es posible sino que cause confusión las heroicas virtudes de muchas flacas, como por la misericordia de Dios en estos floridos tiempos de esta renovación vemos.

–Bien dices, hermana –dijo Gracia [María de San José] –, que sería confusión si lo que escriben mujeres ellos lo creyesen; pero ¿no ves que han tomado por gala tener a las mujeres por flacas, mudables e imperfectas y aun inútiles e indignas de todo ejercicio noble? Y acerca de esto te diré un cuento que te ha de caer en gracia. Sabe, carísima, que cuando nuestra Madre Ángela [Teresa de Jesús] fue a fundar a Sevilla, nos venían a confesar muchos siervos de Dios, entre los cuales continuaba más que otros un sacerdote muy bueno, aunque del humor de los dichos, y se alteraba tanto de vernos persignar en latín como si dijéramos herejías, y muy de propósito se ponía a reprendernos, y nos decía que no se habían de meter las mujeres en bachillerías y honduras.

–Sin duda debía de ser simple ese siervo de Dios –dijo Justa–, pues no advertía que la Santa Iglesia nos hace gracia de que recemos las religiosas el oficio divino y ayudemos a los santos oficios y sacrificios de la misa”<sup>54</sup>.

Su experiencia en Lisboa, al menos en una primera parte, estuvo muy condicionada por lo que suponía para un grupo de los descalzos la aplicación de una nueva orientación en el Carmelo, de la mano gobernante de fray Nicolás de Jesús María Doria, primero provincial, después vicario general de la Congregación de Carmelitas Descalzos. El primero en ser atacado será el padre Gracián, al que se le manda que se embarque lo más pronto posible a México. Si permaneció en Portugal, con su palabra y sus trabajos apostólicos, será gracias a la protección del virrey Alberto de Austria. Como al fraile confesor no lo podían atacar en ese momento y de manera directa, presionaron a la priora de Lisboa<sup>55</sup>. No sólo a María de San José, en su interés por mantener las Constituciones que las había otorgado la madre Teresa de Jesús, sino también a Ana de Jesús. Ambas se dirigieron a Roma y obtuvieron del Papa un breve que confirmase sus leyes y un comisario que las gobernase. Doria supo responder, intentando que este documento pontificio no se aplicase y acusando a las monjas de ser rebeldes y «amantes de las libertades». A aquellas mujeres, su superior las amenazaba con dejarlas sin su cuidado espiritual, lo que iba a provocar la confusión en los Carmelos. María de San José respondió con decisión y por escrito, a través del pertinente tratado. Estos conflictos aparecían referenciados en múltiples ocasiones en los retratos biográficos –y hagiográficos– que se realizaban de las monjas, cuando se referían a la observancia o a la recreación. Por ejemplo, cuando se pretendía retratar a Catalina del Espíritu Santo –la que había sido fundadora material de Burgos–. Se indicaba entonces que «estaba la religión

<sup>54</sup> En la edición de Simeón de la Sagrada Familia, «Libro de las Recreaciones», 54-55.

<sup>55</sup> En aquellos momentos, María de San José escribió «Consejos que da una Priora a otra que aella había criado». Se trata de reglas y consejos que la destinataria, Jerónima de la Madre de Dios, que gobernaba el Carmelo de Sevilla, debía tener en cuenta. La primera vez que fue publicada fue en lengua francesa (París, 1620) bajo el título «Discours pour servir d'instruction aux Prieures...», acompañando después en los siglos XVIII y XIX, y en un segundo volumen, las Cartas de Santa Teresa. El manuscrito original en castellano, que debía encontrarse en el Carmelo de Sevilla, fue recuperado por fray Gerardo de San Juan de la Cruz (que participó también en el estudio de las hermanas Sobrino-Morillas).

tan en sus principios y nuestros padres mudaban tantas leyes hasta topar con las que más cuadraban con la perfección en que hoy están»<sup>56</sup>.

En el Capítulo de junio de 1591, la Congregación decidió acabar con los que se resistían a sus disposiciones. Cuatro serían los nombres principales. Entre los frailes fray Juan de la Cruz y el tantas veces citado Jerónimo Gracián. Entre las monjas, las mencionadas María de San José y Ana de Jesús. Ningún oficio habría de tener el autor de «Cántico Espiritual», dándole la orden de embarcarse a México. En realidad, lo que pretendían era expulsarlo del Carmelo. Su muerte, en diciembre de aquel año, le salvará. A Jerónimo Gracián sí le podrán expulsar en 1592. María de San José será privada de voz y voto por espacio de dos años, en la cárcel conventual por espacio de uno, incomunicada por palabra y por escrito. Solamente, podía asistir a misa los domingos y recibir la comunión raramente. Por eso, ante esas privaciones espirituales, reaccionó con sus letras en el lamento del Viernes Santo de 1593, cuando esa mañana ni siquiera tuvo la posibilidad de asistir a los oficios de la Pasión del Señor, según era costumbre en la liturgia tridentina. Será la «Carta que escribe una pobre y presa descalza». Carlos Ros ha definido esta obra como «una elegía de amor a la cruz y perdón de las injurias –precisamente en aquella solemnidad de la Pasión– dirigida a sus queridas hermanas en religión, que lloran impotentes por los claustros sin poderla ayudar»<sup>57</sup>. Ella se mostraba, de nuevo, en defensa de la verdad<sup>58</sup>:

«Habémonos embarcado con Cristo en la navecilla, hace de levantar tempestad, y aunque el Señor duerme y parece que nos vamos anegando, Su Majestad recordará a tiempo, y nos libraré. No os desmayéis, carísimas, ni os enflaquezca vuestra fe por ver que al parecer el Señor nos ha dejado tantos tiempos en manos de los que nos persiguen y afligen. Ni os parezca que es mal propio de lo que, en servicio de la Religión tantos años ha que trabajamos, desterradas en diversas tierras, encerradas con suma pobreza, sufriendo los intolerables trabajos que en fundar y sustentar los conventos se pasa. Ni se os haga duro ver que los que así nos tienen, son aquellos a quien no sólo no habemos ofendido, mas aun habemos servido y amado en el Señor, y los que más por amigos se nos han vendido, y a quien ayudamos a subir en el estado en que están, y lo que más se puede sentir, son, al fin, aquellos a quien Dios tiene obligados a que nos amparen y defiendan»<sup>59</sup>.

<sup>56</sup> T. ÁLVAREZ, «Doña Catalina de Tolosa. Semblanza biográfica del siglo XVII», *Monte Carmelo* 96 (1988), pp. 489-507.

<sup>57</sup> C. ROS, La hija predilecta..., *o. c.*, 13. M<sup>a</sup>.P. MANERO SOROLLA, «Exilios y destierros en la vida y en la obra de María de Salazar, 1616», en *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Anuario VI-VII* (1988), Madrid, 51-59.

<sup>58</sup> Desde la edición de S. DE LA SAGRADA FAMILIA, «Carta que escribe una pobre y presa Descalza», 269-280. El título que debió ofrecer la copia del siglo XVII (BNM, ms 3537, «Informaciones hechas en los conventos de los Carmelitas Descalzos, sobre las virtudes de religiosos y religiosas de los principios de la Reforma») era «Carta que escribe una pobre y presa Descalza. Terminada el día de Viernes Santo de 1593, en la cárcel conventual del monasterio de Lisboa, contiene conceptos maravillosos sobre el amor a la cruz y el perdón de las injurias». No se conserva el manuscrito original aunque la *Chronica* de la Orden publicó una traducción portuguesa de la misma.

<sup>59</sup> *Ibidem*, 275.

«Y volviendo a mi bien, os pido, queridas hijas, que no os pese de verme aquí encerrada, ni os aflijáis de que estén todas las puertas cerradas de los medios humanos para mi libertad, habiéndooos puesto tantos preceptos para que nadie sepa lo que se hace de mí, pues aquel que lo puede remediar no está ausente. Él lo mira y lo consiente y aun por ventura se alegra de verme, por ver nuestra paciencia; con él podéis hablar; a él me podéis presentar y con él me podréis favorecer; que en vuestra ayuda espero y tanto fío de vuestras espirituales orejas que creo me están atentas a lo que aquí digo»<sup>60</sup>.

Todo volvió a cambiar de rumbo cuando, a la muerte del padre Doria en 1594, gobernó la Orden como primer general electo el padre Elías de San Martín, por espacio de seis años hasta 1600. En ese comienzo de nueva época escribió «Ramillete de mirra», entre 1593 y 1595<sup>61</sup>, todo un «clamor de una mujer por su inocencia»<sup>62</sup>:

«Para que se sepa lo que se ha padecido [...] para que se sepa la verdad, porque no sea con la mentira oscurecida en escándalo y deshonor de la Religión y de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, que nos crió y se preció de tenernos por hijas [...] Lo que yo más estimo y quiero en defensa de mi inocencia, es sola la verdad, con la cual nunca temo salir delante de todo el mundo, aunque todo él fuese contra mí, porque es uno de los privilegios de la verdad, que sola ella tiene autoridad para dar testimonio de sí misma ¡Dichosos los que de su parte y en su favor te tienen!»<sup>63</sup>.

Ella misma concluía esta obra pensando que el final de la *noche oscura* había llegado:

«Fue electo pacíficamente y con gran contento de toda la Religión nuestro P. fray Elías de San Martín [Capítulo de Madrid de 23 de mayo de 1594], con quien esperamos cumplida paz y restauración de las pérdidas y de la que toda la Religión recibió perdiendo de ella al santo varón del P. fray Jerónimo Gracián [expulsado], el cual saque el Señor del cautiverio que le causó la persecución de sus enemigos; los cuales como poderosos le siguieron por mar y tierra hasta que vino a dar en manos de turcos, donde hace lo que siempre, librando almas de renegados del poder del demonio, volviéndolos a la fe, por [lo] cual se le acrecientan las prisiones y trabajos».

María de San José fue reclamada por el arzobispo de Évora para reformar el convento del Niño Jesús. Sin embargo, la escritora descalza declinó por no considerarse adecuada para ese trabajo. En febrero de 1597, era elegida de nuevo priora del Carmelo de San Alberto y San José, ejerciendo este oficio hasta abril de 1600. Sin embargo, el modo de proceder del difunto padre Doria se renovó con el nuevo general Francisco de la Madre de Dios, en los próximos siete años. Y ella lo sufrió.

<sup>60</sup> Ibidem, 278.

<sup>61</sup> En la edición de Simeón de la Sagrada Familia, «Ramillete de mirra», 283-340.

<sup>62</sup> C. Ros, *La hija predilecta...*, o. c., 12.

<sup>63</sup> Desde la edición de Simeón de la Sagrada Familia con el título de *Escritos Espirituales, Ramillete de Mirra*, 289.



Parecía adivinarlo cuando concluía su «Ramillete»: «no nos descuidemos en el tiempo de la prosperidad, la cual es siempre peligrosa». Antes de que se cerniese una nueva *noche oscura*, concluía en la primera quincena de julio de 1602, un texto sumamente importante en el magisterio de esta hija tan cercana a la madre Teresa de Jesús: «Instrucción de novicias», la primera escrita para aquellas mujeres en tiempo de probación para convertirse en monjas profesas. Unas páginas que se encuentran muy cercanas al espíritu y a la doctrina de la reformadora, muy valioso en el campo de la formación de las monjas descalzas. De nuevo, volvían los pseudónimos en diálogos, repletos de palabras al estilo humanista y teresiano. Cuando escribía acerca de cómo se habrían de tratar las religiosas entre ellas, parecía anunciar el panorama contrario a su final, entre sus mismas hermanas, cómplices algunas de ellas, del silencio:

«Débense tratar con cortesía, respetándolas. Y no trato del amor y beneficios, pues está dicho en la ley de Dios, sino en el modo exterior con que han de ser veneradas como esposas de Cristo, en quien mejor que en los príncipes de la tierra se emplean todas las leyes de policía. Y ayuda esto exterior mucho a lo interior. Y así conviene se críen las que del siglo vienen o se conserven en el comedimiento que de él traen, pues de ordinario se reciben las que de esto más saben.

Piensan algunos religiosos que, siendo espirituales, han de ser groseros y mal criados –al revés de lo que se usa en la casa de Dios, donde no ha de haber cosa villana ni torpe–, con lo cual se dispone el corazón a ser duro y sin piedad. Y no parezca extremo decir esto, que yo sé que donde menos respeto se guardan los religiosos, más se atreven unos a otros y en menos se tienen, que todo es en menoscabo de la virtud»<sup>64</sup>.

Este general estableció en 1603, su salida con sigilo de Lisboa, en un escenario del todo aventurero –en una barca en la ría del Tajo, a los pies del acantilado donde se encontraba el monasterio de San Alberto–, conducida dentro de una litera a Castilla entre dos padres carmelitas. La acompañada Blanca de Jesús y alcanzaron el Carmelo de Talavera de la Reina. El superior, en poco tiempo, la separó de su compañera –esta marchó a Sevilla de donde era profesa– y María de San José fue desterrada a un apartado convento en la localidad de Cuerva, donde fue recibida con gran frialdad. Era el 19 de octubre de aquel año, cuando atendida espiritualmente por fray Alonso de Jesús María, murió a los cincuenta y cinco años<sup>65</sup>. No resulta extraño que falleciese de manera precipitada. La condena fue, incluso, de la memoria<sup>66</sup>, como lo prueba que el cronista fray Jerónimo de San José no la mencio-

<sup>64</sup> De la edición de Simeón de la Sagrada Familia, «Instrucción de novicias», 409-490.

<sup>65</sup> BNM, MANUELA DE LA MADRE DE DIOS, *Vida de las religiosas carmelitas del convento de Cuerva, Mariana de Jesús, Águeda de San José, Isabel de Jesús, María de San José, Eugenia de la Encarnación e Isabel de San José*, Ms S.392, fols. 121-136; BNM, MARÍA DE LA MADRE DE DIOS, *Carta a un religioso en la que habla de las virtudes de la Madre María de San José, monja carmelita*, Cuerva, octubre, sin año (siglo XVII), ms L. 239, fols 477-478.

<sup>66</sup> BNM, MARÍA DE SAN JOSÉ GRACIÁN, *Relación de la vida de María de San José, hermana del Padre Gracián*. Carta dirigida a un sobrino de la religiosa, ms L. 239, fols. 436-437. EDUARDO DE SANTA TERESA, «Introducción al Libro de las Recreaciones de la Venerable Madre María de San José», *Monte Carmelo* 10 (1909), 9-17; GERARDO DE SAN JUAN DE LA CRUZ, «La Madre María de San José» en *Toledo-Revista de Arte*, 7 (Toledo, 1921), 160-161; MARÍA DE SAN JOSÉ (SALAZAR), *Libro de Recreaciones, Ramillete de mirra, Avisos, máximas y poesías*, introducción de Silverio de Santa Teresa, Burgos 1913.

nase en su obra<sup>67</sup>. Olvido incluso de su cuerpo, a pesar de que el mencionado fray Alonso de Jesús María lo buscara y afirmara, años después, que estaba incorrupto y que, incluso en 1633 el visitador fray Esteban de San José prometiera a las descalzas de Lisboa un brazo de la que había sido su priora.

Así pues, es la escritora que demostraba esa cultura de gran refinamiento, con una importante personalidad y cercanía teresiana, de la que fue definida por la Madre como «letrera» y que, incluso, en una obra tan interesante como el mencionado «Libro de Recreaciones» se reflejara lo que algunas monjas pudiesen pensar sobre ella: «que presumes de bachillera y te tenemos por tal»<sup>68</sup>. Desde su poemario, se había implicado en la vida cotidiana del claustro pero también sabía resumir las reclamaciones que había realizado desde su condición de mujer<sup>69</sup>: «¡Somos mujeres! Pregunto: / ¿Cómo seremos oídas? / ¡Menos nos oirán caídas / en los males que barrunto! [...] Arrinconarnos sin tiento / cuando es razón nos pongamos / con ánimo y resistamos? / Os espantáis ya del viento». Por eso, Pedro Ortega indica que esta monja toledana fue manifestación de la «faceta del humanismo y del feminismo teresiano»<sup>70</sup>. Un concepto que, con variantes y matices, manejó el propio padre Silverio de Santa Teresa. Un perfecto ejemplo de lo que significaban las reivindicaciones y el papel espiritual vanguardista de Teresa de Jesús: «la autodeterminación dentro de la clausura siendo esta en aquel tiempo un medio de libertad»<sup>71</sup>. Del olvido, después, ha sido rehabilitada por los propios carmelitas<sup>72</sup>.

Pero existían también descalzas que no deseaban dar a conocer sus escritos. La madre Mariana Francisca de los Ángeles (Blázquez Dávila) fue la fundadora de un nuevo Carmelo en Madrid, puesto bajo la advocación de la Transverberación de Santa Teresa. La acompañaron, procedentes de Ocaña, Luisa de Jesús y otras seis religiosas<sup>73</sup>. En su juventud, no manifestó ningún entusiasmo por la vocación

<sup>67</sup> JERÓNIMO DE SAN JOSÉ, *Historia del Carmen Descalzo*, (Madrid, 1637).

<sup>68</sup> En la edición de Simeón de la Sagrada Familia, «Libro de Recreaciones, Cuarta recreación», 93.

<sup>69</sup> M<sup>a</sup> P. MANERO SOROLLA, *La poesía de María de san José (Salazar). Estudios sobre escritoras hispánicas en honor a Georgina Sabat-Rivers*, (Madrid 1992), 187-222. D. DE PABLO MAROTO, «María de San José (Salazar), heredera del espíritu de Santa Teresa y escritora de espiritualidad», en *Revista de Espiritualidad* 63 (2004), 213-250.

<sup>70</sup> SILVERIO DE SANTA TERESA, *Santa Teresa modelo de feminismo cristiano*, (Burgos 1931).

<sup>71</sup> Pedro Ortega, *Figuras del Carmelo. Tras las huellas de Teresa de Jesús*, (Editorial Monte Carmelo, Burgos 2013), 58. M<sup>a</sup> DE LA CRUZ PÉREZ GARCÍA, *María de San José Salazar. La humanista colaboradora de Santa Teresa, Perseguida*, (Burgos 2009).

<sup>72</sup> SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmelo Descalzo en España, Portugal y América*, (Burgos 1935-1937), t. VIII, 435-472; T. ÁLVAREZ, «María de San José (Salazar) 1548-1603», en *Diccionario de Santa Teresa*, (Monte Carmelo, Burgos 2006), 1016-1018; C. ROS, *La hija predilecta de Teresa de Jesús. María de San José*, (Sevilla 2008).

<sup>73</sup> La iniciativa de este convento corrió a cargo de Nicolás de Guzmán, príncipe de Astillano, desde la correspondencia que mantuvo hacia 1676 con la mencionada Mariana Francisca de los Ángeles, que entonces moraba en el Carmelo de Ocaña. Contempló que aquel se encontraba en condiciones muy complejas de mantenimiento y con escasez de agua, por lo que propuso ser trasladado a Madrid. Las Constituciones prohibían que en la misma ciudad se fundasen dos conventos de carmelitas descalzas por lo que, a través de un breve pontificio, se dispuso de este punto. Sin embargo, el Definitorio general de la Orden consideró adecuado que el arzobispo de Toledo, ordinario de la Corte, el cardenal Luis Manuel Portocarrero, otorgase la autorización. Su Eminencia se negó plenamente, a pesar de la intervención de la reina María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II. Solamente, cambió de decisión en septiembre de 1683, cuando se produjo la curación del cardenal de una enfermedad grave por intercesión de santa Teresa de Jesús, que la había sido profetizada por Mariana Francisca. El grupo fundador partió de Ocaña en septiembre de

religiosa. Tañía el arpa y otros instrumentos. Danzaba, gustaba de jugar al ajedrez y, como escribía fray Alonso de la Madre de Dios, «excediendo los límites de su sexo esgrimía una espada, manejaba una escopeta y se preciaba de poder dar su voto en materias de la milicia. Solo pensaba, en galas y en desear ser vista y mirada». Era gran lectora, por ejemplo de comedias, pero cayó en sus manos un libro de devoción que según la hagiografía barroca de su tiempo, sirvió para la llegada de la vocación religiosa. Entró en el Carmelo de Ocaña en octubre de 1658 y allí profesó hasta su mencionada salida fundacional a Madrid, donde murió en octubre de 1697. Indica el mencionado cronista que el demonio la intimidaba para que no pudiese escribir. Eran esas otras barreras en el ejercicio de las letras que estaban llamadas a ejemplarizar. Aquella celda que era escenario de la escritura «se me llenaba de sapos, culebras y animales ponzoñosos, y estaba como labrada de ellos toda la celda, el suelo y las paredes». Fray Alonso hacía cumplida y amplia relación de sus escritos, sin que faltasen diferentes relaciones de su *Vida*, elaboradas por orden de sus superiores. Ella deseaba que se evitase sus textos autobiográficos, poniendo límites a los ámbitos de la dirección espiritual<sup>74</sup>.

La vallisoletana Ana de San Agustín, que entró a formar parte de la tercera fundación de Malagón, fue impulsada a escribir su autobiografía por su confesor, fechada y firmada en agosto de 1609. Este texto no fue publicado pero fue esencial para la obra que sobre esta monja escribió el padre Alonso de San Jerónimo, dada a la imprenta en Madrid en 1668<sup>75</sup>. Los condes de Castriello utilizaron el manuscrito de Petronila de San José –cronista del convento de Valladolid– para publicar la *Vida* de su pariente Teresa de Jesús Vela<sup>76</sup>. La auténtica autora permaneció en

---

1684 en número de ocho, completado días después en diez monjas más. En Ocaña, permanecieron dos descalzas, que se habrían de convertir en instructoras de las que procedían de Molina de Aragón, donde había fracasado una fundación. Cfr. R. MEJÍA, *Las Fundaciones de las Carmelitas Descalzas en España y Portugal (1562-1995)*, (Editorial Monte Carmelo, Burgos 1998), 296-299.

<sup>74</sup> Nacida en Madrid en abril de 1637, falleció también en aquella Corte en 1697. Como indica Manuel Serrano (Apuntes I, p. 41), la mayoría de los escritos fueron utilizados por fray Alonso de la Madre de Dios en su *Vida histórico-panegírica de la Venerable Madre y penitentísima Virgen Mariana Francisca de los Ángeles del Carmen Descalzo en el convento de Ocaña, fundadora de el de Santa Teresa de Madrid*, (Imprenta Manuel Fernández, Madrid 1736). Un volumen en folio de 544 páginas. Anteriormente se había detallado algunas de esas relaciones autobiográficas que Mariana Francisca se resistía a entregar a la imprenta: «Relación de su Vida, que escribió por orden de sus Prelados, y comprende desde el año de su nacimiento, que fue el de 1637, hasta el de 1674»; «Otra Relación más dilatada que por orden de los mismos Prelados escribió, por estar demasiado concisa la primera. Llega hasta el año 1678»; «Una Relación de su modo de oración y camino de su espíritu, que asimismo escribió por orden de los Prelados. Contiene trece hojas de quartilla y la firma de Santa Agueda de 1665»; «Otro quaderno de tres hojas que pone sin día ni año de la fecha, en que por orden de su Confessor explica lo que siente del sueño de la Esposa, con no pocas noticias místicas»; «Otro quaderno en quince hojas de quartilla en el qual por orden de un confessor explica el terçeto de mi Madre Santa Teresa: Vivo sin vivir en mí; y asimismo la primera estancia que empieza: Aquesta divina unión &c».

<sup>75</sup> Bautizada como Ana Pedruja, su padre era intendente del conde de Buendía. Se trasladó en su niñez a Dueñas, aunque Teresa de Jesús la conoció a los diecisiete años en Valladolid. Como hemos indicado, aunque decidió aquí su vocación, entró, recibió el hábito y profesó en San José de Malagón. Cuenta la Madre, en el Libro de las Fundaciones, que la acompañó a Villanueva de la Jara, casa de la que fue priora en 1596. Cuatro años más tarde fundaba el Carmelo de Valera –en la provincia de Cuenca, aunque hoy se encuentra trasladado a San Clemente–. Regresó a Villanueva donde prosiguió siendo una mujer de gobierno hasta su muerte en diciembre de 1624.

<sup>76</sup> M. BAUTISTA DE LANUZA, *Virtudes de la VM. Teresa de Iesús, Carmelita Descalza del convento de Valladolid en el siglo Doña Brianda de Acuña Vela a la serenísima señora Ana Margarita de San Joseph, religiosa en el Real convento*

el anonimato en favor del que fue, una vez más, el autor de esta obra, al que nos hemos referido para Isabel de Santo Domingo y Catalina de Cristo: Miguel Bautista de Lanuza. Con estas páginas se pretendía impulsar la fama de santidad de la que en el siglo se había llamado Brianda de Acuña y que pudo adoptar en el claustro, nada menos, que el nombre de Teresa de Jesús. Para entonces, Lanuza ya había publicado las ocho ediciones de la *Vida* de Isabel de Santo Domingo o las tres de Catalina de Cristo, estas últimas entre 1656 y 1657<sup>77</sup>. El momento principal de su obra editorial respondía a estos años cincuenta con la «Vida de la Venerable Madre Feliciana de San Ioseph, carmelita descalça y priora del convento de San Ioseph de Zaragoza»<sup>78</sup>; de la «Vida de la sierva de Dios Francisca del Santísimo Sacramento, carmelita descalza, del Convento de San Ioseph de Pamplona y motivos para exhortar que se hagan sufragios por las almas del Purgatorio hallados en los santos ejercicios de esta religiosa»<sup>79</sup> o la «Fundación y excelencias del Convento de San Ioseph de Carmelitas descalzas de Çaragoça: vidas y elogios de treinta religiosas que han viuido y muerto en el»<sup>80</sup>.

La combinación entre el claustro y la nobleza, impresionaba en aquella sociedad. Fray José de la Madre de Dios escribió la *Vida* de Mariana del Santísimo Sacramento –Mariana de Guzmán y de Silva–, hija de los marqueses de Montealegre. Profesó también, en julio de 1625 en el Carmelo de Valladolid. Sus padres contaban, previamente, con todo un plan para ella, sobre todo por la formación que había recibido y por la proyección social que podía dar a su matrimonio. El retrato de la noble preocupada por sus galanuras se difuminó en el relato de su vida religiosa, entregada como estuvo por espacio de cincuenta y un años al cuidado de las enfermas en el claustro. Y como a aquella monja le preocupaban los pobres, recurrió para obtener fondos –que también repercutieron en la mejora de la economía de la clausura– a sus padres y a su hermano, este último presidente del Consejo de

---

*de la Encarnación por... caballero de la Orden de Santiago*, Imprenta Jusepe Lanaja y Lamarca, Zaragoza 1657). Brianda de Acuña fue hija de los condes de Castrillo, Bernardino González Delgadillo y Avellaneda y María Vela de Acuña. Había nacido en Valverde (La Rioja) en agosto de 1576. Su padre fue nombrado virrey de Navarra y fue encomendada a su pariente la condesa de Miranda. Entró en el Carmelo de Valladolid el 10 de enero de 1602 con veintiséis años, con asistencia de los reyes Felipe III y Margarita de Austria, entonces residente en aquella Corte del Pisuerga. Progresó el 2 de abril de 1603, tomando el nombre de Teresa de Jesús. En este claustro fue maestra de novicias y priora. La obra de Miguel Bautista Lanuza debe mucho a la propia Autobiografía que escribió la madre Teresa de Jesús Vela y a lo que pudo añadir a crónica Petronila de San José.

<sup>77</sup> Por ejemplo para la realización de esta obra, utilizó el autor informaciones de Catalina de los Ángeles (Apuntes I, 32). No fue la única según comprobamos en la BNM, «Relación de la vida de Nuestra Madre Catalina de Christo, Religiosa Carmelita descalça. Hecha por sus hijas en este comvento de la Purísima Concepcion de la Madre de Dios». En Barcelona, año de 1594, 269 hojas en 4º; «A honrra y gloria de Dios y de la gloriosa Virgen Nuestra Senyora del monte Carmelo, del padre nuestro San Joseph y de todos los Sanctos, y de nuestra sancta madre fundadora Theresa de Jesús, se comienza oy martes a diecinueve de Abril, anyo de 1594, la relación de la vida de nuestra Madre Catalina de Christo»; «Memoria de los casos mas notables y maravillas que Dios ha obrado por nuestra santa madre Catalina de Christo en este convento de nuestro padre San Joseph de Pamplona, desde que se imprimió el libro de su vida por el Sr. Don Miguel Baptista de Lanuza, año de 1656, hasta este de 1677 en que estamos» (BNE, Ms S.382) (Apuntes I, 106-107).

<sup>78</sup> Publicado en Zaragoza por Domingo La Puyada en 1654.

<sup>79</sup> La primera edición es de Zaragoza de 1659, con una edición italiana en 1674 y una reedición en castellano en 1727.

<sup>80</sup> Publicado en Zaragoza por los herederos de Pedro Lanaja y Lamarca, en 1659.

Castilla, Pedro de Guzmán y Silva. Cuando el mencionado fraile descalzo escribió su *Vida*, utilizó las declaraciones de doce religiosas que convivieron con ella aunque nunca llegó a imprimirse<sup>81</sup>.

Manuel Serrano se atreve a calificar a Teresa de Jesús María Pineda y Zurita como la “escritora mística más ilustre y más desconocida del siglo XVII”. Había nacido en Toledo diez años después de la muerte de santa Teresa. Tomó el hábito en el convento de Cuerva y profesó en este mismo Carmelo en 1609. También se atrevió a adoptar el nombre de la fundadora. Fue en dos ocasiones priora de esa casa. Será en los años treinta cuando escribió las más importantes obras. En 1636, «Tratado de una breve relación de su vida que cuenta una monja descalza», calificado como todo un «amoroso viaje a la vida contemplativa». Más singulares por menos habituales serán los «Comentarios sobre algunos pasajes de la Sagrada Escritura», proseguida en años sucesivos, en más de medio millar de páginas<sup>82</sup>.

María de la Cruz Machuca no conoció a la madre Teresa pero sí en Granada a Ana de Jesús, Jerónimo Gracián y al prior de los Mártires, fray Juan de la Cruz, que le dio el hábito y recibió sus votos. Fue fundadora del Carmelo de Úbeda, donde vivió y escribió el resto de su existencia. Pero en estos ámbitos de letras que eran las clausuras, antes de entrar en las singularidades ascéticas, místicas y teológicas puestas negro sobre blanco, no podemos olvidar a las cronistas de las cosas santas, que eran las que se encargaban de dejar por escrito lo extraordinario y lo cotidiano de la vida de la casa. Ya hemos mencionado a Petronila de San José en la cuarta fundación teresiana, la cual se dedicó a escribir la memoria como pedía la Madre de aquellas religiosas que falleciesen. Y aunque tuvo que ejercer en seis ocasiones de priora, la madre Petronila también supo hacer historia, no solamente de su casa sino también de Valladolid cuando, en 1636, el río Pisuerga se desbordaba: «salido el río tan de madre, que inundó casi toda la ciudad de Valladolid, y entrado en este convento tan sin imaginarse podía entrar, fue tal la avenida que apenas se podía llegar al altar mayor para sacar del sagrario la custodia del Santísimo Sacramento»<sup>83</sup>.

Así pues, en la vida cotidiana de los distintos Carmelos, en esta Reforma descalza, encontraremos por mano y pluma de monjas, numerosos escritos autobiográficos<sup>84</sup>, relación de nacimientos de vocaciones religiosas para el claustro<sup>85</sup>, así como de milagros y favores espirituales propiciados principalmente por una

<sup>81</sup> SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo...*, o. c., t. X, 775.

<sup>82</sup> C. CONDE ABELLÁN, *Al encuentro de Santa Teresa*, Tres Fronteras 1987.

<sup>83</sup> ACCV, *Venerables Carmelitas Descalzas de Valladolid*, vida de la Madre María de San Agustín.

<sup>84</sup> María Ana de la Purificación (María Ana de Acevedo), nacida en Lisboa en octubre de 1623, profesó en el convento de carmelitas de Beja en 1663, del cual fue priora. Murió el 8 de diciembre de 1695. Fue autora de «Relación de su vida y favores divinos», incluyendo también Manuel Serrano epístolas espirituales y poesía (Apuntes I, 10).

<sup>85</sup> FRANCISCA DE CRISTO, *Relación de como nuestra Madre Francisca de Cristo fue llamada a la Religión y como desde muy niña nuestro Señor le daba grandes deseos de vida de perfección*, ms L. 239, ff. 421-424; *Relación de la entrada de nuestra Madre Francisca de Cristo en nuestra sagrada Religión y la perfección con que en ella vivió*, cuatro hojas en folio, BNE, Mss/ 3537 «Informaciones hechas en los conventos de los carmelitas descalzos sobre las virtudes de religiosos y religiosas de los principios de la Reforma» 460 h., ff. 425-428. Francisca de Cristo era hija de los señores de Loeches (Íñigo de Cardenas y Zapata e Isabel de Avellaneda). Entró en el primer Carmelo de Madrid, el de Santa Ana, en 1592 y murió en 1606. Sus honras fúnebres fueron predicadas por el padre Jerónimo de Florencia, de la Compañía de Jesús (Cfr. Apuntes I, o. c., 107).

Teresa de Jesús ya canonizada<sup>86</sup>. Anteriormente, relaciones de las fiestas celebradas con motivo de su beatificación en 1614 y canonización en 1622<sup>87</sup>, crónicas de establecimientos de conventos<sup>88</sup>, vidas y testimonios sobre monjas descalzas elaboradas a partir de las religiosas que vivieron con ellas<sup>89</sup>. Ha sido estudiada y publicada por el padre Tomás Álvarez la Relación que una monja carmelita del convento de Palencia realizó sobre la mencionada Catalina del Espíritu Santo. Cuando ella murió en aquel claustro en 1608, vivía todavía en el mismo su hija

---

BNM, AHN, Papeles de Carmelitas descalzas, «La Priora de Carmelitas descalzas de Zaragoza. Noticia de la vida, peregrinaciones, cautiverio por los turcos y vocación religiosa de una hija del Conde Estramberg (Staremberg)».

<sup>86</sup> Isabel de los Ángeles, carmelita descalza del convento de Consuegra (debe distinguirse de la fundadora de Francia), moradora en la primera mitad del siglo XVII, ofreció *Memoria de algunos favores hechos por Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús á su Hija la Madre Isabel de los Ángeles, carmelita de nuestro convento de Consuegra*, 14 hojas en 4º (Apuntes I, 38-39. Cfr. BNE, mss/1055 «Papeles eclesiásticos» 72 h, ff. 123-136).

<sup>87</sup> «[Descripción que hizo la Priora del convento de Carmelitas Descalzas de Talavera, de las fiestas allí celebradas con motivo de la beatificación de Santa Teresa] Compendio de las solenes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de N.B.M. Teresa de Jesús, por Fray Diego de San Ioseph», (Viuda de Alonso Martín, Madrid 1615). Fray Diego de San José pertenecía a la familia de los Sobrino Morillas, hermano de Cecilia del Nacimiento y María de San Alberto, secretario de los generales y autor de distintas relaciones sobre estas fiestas, con este compendio de todo lo que sucedió en España con motivo de esta fecha. Él pudo realizar la última redacción de esta obra pero a partir de lo recibido por la priora del Carmelo de Talavera, así como de lo remitido por otras muchas monjas y frailes.

<sup>88</sup> BNM, mss/7018 «Relaciones sobre la vida de religiosas primitivas en los monasterios de Castilla la Nueva, de la Orden del Carmelo Reformado», 463 h, ff. 74-99, «De la fundación del monasterio de la Encarnación de las monjas descalças carmelitas de la villa de Cuerva en la diócesis de Toledo; año 1585, á 25 de julio», 26 hojas en cuarta; BNM, mss/6727, «Noticia de algunas religiosas ilustres que vivieron en el convento de carmelitas de Cuerva», ff. 475-476.

Fray Diego de Yepes fue obispo de Tarazona y, oficialmente, el segundo biógrafo de la madre Teresa de Jesús —en realidad el autor de la misma fue fray Tomás de Jesús—. Recibió esta Relación elaborada, muy probablemente, por las propias monjas: BNE, mss/ P supplº. 289, «Relacion de lo que pasaron las descalças carmelitas de Taraçona en el Reyno de Aragón en la primera casa que estuvieron, imbiada al Señor Obispo Don Fray Diego de Yepes», ff. 185-191.

<sup>89</sup> BNM, mss/5807 «Relaciones sobre la vida y virtudes de varias religiosas carmelitas descalzas de los conventos de Andalucía en los primeros tiempos de la Reforma»: «Vida de la madre Juliana de la Madre de Dios [monja carmelita del convento de Sevilla]», 433h. Firman al pie de esta relación las religiosas del monasterio de Sevilla Juana de la Santísima Trinidad, Magdalena de Jesús, Isabel de la Presentación, Leonor de San Alberto, María de Jesús, Inés de Santa Teresa, Catalina de Jesús María, Josefa de la Concepción y Mariana de Jesús. La madre Juliana de la Madre de Dios fue hija del secretario de Carlos V Diego Gracián de Alderete y de Juana Dantisco, hermana del padre Gracián y de otras carmelitas (Apuntes I, 120-121).

BNM, mss 5642, «Virtudes de Nuestra Venerable Madre Juana de la Santísima Trinidad, Duquesa que fue de Bejar, fundadora y priora del convento de las Carmelitas Descalças de la ciudad de Écija», 75 hojas en cuarta, autora Isabel María de la Santísima Trinidad. Hija del duque del Infantado, había nacido en Guadalajara en junio de 1575. Estuvo casada con el duque de Béjar. Tras enviudar, profesó en el convento de las carmelitas descalzas de Sevilla, siendo nombrada vicaria del propio de Écija en 1638. Murió en septiembre de 1653. Cfr. A. MARTÍN PRADAS, *Sor Juana de la Santísima Trinidad, Duquesa de Béjar, fundadora del convento de Carmelitas Descalzas de Écija*, (Asociación de Amigos de Écija, 2006).

BNM, mss 5611, «Noticias tocantes á la vida de las monjas carmelitas del convento de Sevilla, Beatriz de la Madre de Dios, María de Jesús y Juliana de la Madre de Dios», ff. 3-5.

BNM, mss 7018, «Noticias de las religiosas carmelitas descalzas que profesaron en el convento de Toledo y de algunas que se distinguieron por sus virtudes», 78 hojas en cuarta, ff. 205-283.

La breve Relación de la vida de Isabel de Santo Domingo que realizó la carmelita María de San José, nacida en Cuéllar y moradora de los Carmelos de Pastrana y Sevilla, de donde salió hacia la fundación de Zaragoza en julio de 1588, fue publicada en un fragmento en la clásica *Vida* de Miguel Bautista de Lanuza (Madrid, 1638). María de San José murió en julio de 1623 (Apuntes II, Primera parte, 333).

Isabel de la Trinidad<sup>90</sup>. El destino de este relato eran los propios historiadores de la Reforma teresiana y la incorporación del mismo a las grandes crónicas elaboradas para la Orden. Por eso, indica como conclusión:

«Esto es lo que dicho brevemente nos habemos podido acordar acerca de esta religiosa madre [Catalina del Espíritu Santo]. En el ponderar sus virtudes quisiéramos haber sabido hacerlo mejor, porque es cierto que no hay encarecimiento ni ponderación tan grande, que no quepa mucho más en el anchuroso campo de ellas, y así cuando volvemos los ojos al ejemplar que delante de ellos tuvimos algún día, todo lo dicho se nos hace nada, y nos parece que aún no ha sido esto comenzar a escribirlas. El Señor, por quien las obró, se sirva de manifestarlas al mundo con la estima y eficacia que ellas merecen»<sup>91</sup>.

A todo ello habremos de sumar las epístolas espirituales y numerosos ejemplos de poesía, como detallaremos a continuación; declaraciones en los procesos de beatificación y canonización, en este caso de la madre Teresa de Jesús, con una amplitud y variedad de temas colaterales con la propia vida de la fundadora carmelita.

## LOS MILAGROS DE LA ESCRITURA

No todas las monjas eran letradas, como podemos suponer. Pero incluso, a aquella que era denominada la «labradorcita sin letras», Estefanía de los Apóstoles, *freila* del Carmelo vallisoletano, debía escribir algunas cartas por deseo de los privilegiados para que estass –las cartas– se convirtiesen en reliquias. Con el tiempo, aquella hermana adquirió gran fama, entre otras cosas por los hábitos de vida que se transmitían de ella, mujer de penitencia y de oración, extendido no sólo entre la «gente popular y ordinaria» sino que llegaba, en su *olor de santidad*, hasta los monarcas, pasando también por los destacados de la nobleza y de la Iglesia. Todos ellos querían tener contacto con ella y la monja, por obediencia, debía escribir a los reyes y a las personas consideradas ilustres o *graves* en aquella sociedad estamental y sacralizada. Esta obediencia de las preladas no la agradaba en exceso:

«Y llamaua a la que la hauía de escribir diciendo, mi hermana que manda mi madre priora que vamos a escriuir, derramaua gran cantidad de lágrimas el tiempo que estaua escriuiendo, de que soy testigo porque la escreuí muchas cartas –lo recuerda María de San Alberto ya en el siglo XVII– y antes que las hubiese de dictar se santiguaua y hacía oración al Espíritu Santo para que fuesse el autor de la obra, y assí lo era, poniéndola en el corazón cosas tan diuinas como

<sup>90</sup> Podemos consultarlo en el Archivo de las Carmelitas Descalzas de Palencia (C-I-3), con el título «Breve noticia de la fundación de este Convento de Carmelitas Descalzas de San José de Palencia; y vida de la Venerable Madre Catalina del Espíritu Santo (Tolosa) y de otras varias religiosas primitivas». Como nos explica Tomás Álvarez en el artículo al que nos referiremos a continuación, tras una breve historia de la fundación del Carmelo palentino, se incluyen las Vidas de María de San Bernardo, la referida de Catalina del Espíritu Santo, María de la Visitación, Gregoria de San Jerónimo, Ana de la Anunciación, Jerónima de San José, Melchora del Nacimiento y María de la Presentación.

<sup>91</sup> T. ÁLVAREZ, «Doña Catalina de Tolosa. Semblanza biográfica del siglo XVII» en *Monte Carmelo* 96 (1988), 489-507.

pronunciaua por la boca; quando la mandaua bajar al locutorio se pasaba por el choro, tomando la bendición del Santísimo Sacramento y con derramar tantas lágrimas en el cumplimiento desta obediencia, las procuraua enjugar y entraua con tan apacible semblante, que nadie conociera en el lo que por ella hauía pasado, estaua allí sin hablar palabra hasta que se lo mandaua la perlada, y en diciendo que hablase lo hacía con tanto espíritu, humildad, encogimiento y temor, que edificaba a las de adentro y a los de afuera»<sup>92</sup>.

Observemos, pues, que no era Estefanía de los Apóstoles la que escribía de su puño y letra sino que había una hermana dedicada a estas labores, como lo vimos en María de San José Dantisco. En este caso, la que había escrito estas cartas era, probablemente, María de San Alberto, una de las dos hermanas Sobrino Morillas. Con todo, en el archivo conventual se conservan algunos autógrafos suyos. Después fue tanta la presión sobre esta monja de velo blanco, que salió de Valladolid para buscar el espíritu de «quietud y soledad». Su destino fueron los conventos de Palencia y Medina de Rioseco, este último fundado en 1603 y, finalmente protegido por la duquesa, viuda del Almirante de Castilla, Vittoria Colonna. Regresó a Valladolid donde murió, sin haber dejado antes de expresar el don de profecía –de nuevo, como la madre Catalina de Cristo– cuando se iniciaba la expansión y fundaciones de las carmelitas descalzas, primero por Francia y después por los Países Bajos. Profecías que se convertían en legitimaciones de lo que estaba ocurriendo en la Orden, no siempre con el acuerdo de todos<sup>93</sup>.

A este retrato de «labradorcita sin letras» también podía suscribirse, al principio, la hermana Ana de San Bartolomé, que en sus inicios como carmelita también fue monja de velo blanco. Fue la enfermera y la última y más conocida de las secretarias de la madre Teresa de Jesús. El aprendizaje que experimentó en el escribir se convirtió prácticamente en un milagro. Había entrado en la Orden con muchas dificultades hasta que se abrió la puerta reglar del convento de San José de Ávila el 2 de noviembre de 1570 cuando contaba con veintiún años. Tras la fundación de Sevilla, por cuatro años se interrumpió la apertura de nuevos conventos debido a las persecuciones que estaban sufriendo las descalzas y, sobre todo, los frailes. La madre Teresa se refugió en San José de Ávila. Allí se reencontró con Ana de San Bartolomé y la llamó junto a sí. Le pidió que fuese su enfermera, mostrando aquella joven su vocación de servicio ante una mujer de sesenta y dos años. La salud de esta última se deterioró aún más cuando rodó por aquella «escalera del diablo» de San José en las Navidades de 1577. Ya definitivamente, ante el importante grado de invalidez que le provocó la rotura del brazo izquierdo, necesitaba a una persona que le ayudase en su cotidianidad y en su trabajo, donde entraba el escribir, cuando volvieron a viajar.

En Salamanca, solicitó la madre Teresa a Ana de San Bartolomé que le auxiliase a contestar a las muchas cartas que tenía pendientes. La dificultad se hallaba en que la joven religiosa era prácticamente una analfabeta. Así lo relataba muchos años

<sup>92</sup> ACCV, Vida de la V. Estefanía de los Apóstoles, K-8, ff. 32v-33.

<sup>93</sup> Murió Estefanía de los Apóstoles en el comienzo del verano de 1617, recogiendo testimonios de las virtudes que había demostrado esta carmelita a lo largo de su vida.



después, cuando en octubre de 1595 declaraba en el proceso de santificación de la madre Teresa. Un precioso milagro de la escritura del que damos cuenta:

«Hallándose la santa madre Teresa de Jesús fatigada por tener muchas cartas a que responder le dijo a esta declarante: “si tú supieras escribir, ayudárame a responder a estas cartas”. Y ella dijo: “deme vuesa reverencia una materia por donde deprenda”. Diola una carta de buena letra de una religiosa descalza, y díjola que de allí aprendiese. Y esta testigo la replicó que la parecía a ella que mejor sacaría de su letra, y que a imitación de ella escribiría. Y la santa Madre luego escribió dos renglones de su mano y dióselos; y a imitación de ellos escribió una esta carta esta testigo aquella tarde a las hermanas de San José de Ávila. Y desde aquel día las escribió y ayudó a responder a las cartas que la Madre recibía, sin haber, como dicho tiene, tenido maestro ni aprendido a escribirlo de persona alguna, ni haberlo aprendido jamás, y sin saber leer más de un poco en romance, y con dificultad conocía las letras de las cartas; por donde conoce ser obra de Nuestro Señor para que ayudase a la Madre en los trabajos y cuidados que por su amor pasaba con tanta alegría y regocijo»<sup>94</sup>.

Aunque no aceptemos la tradición que afirmaba que aquella monja –que había sido pastora– aprendió a escribir en esa jornada, subrayemos que pocos han sido los milagros de la alfabetización. Consiguio Ana de San Bartolomé, eso sí, imitar la letra de la reformadora. Esta confirmaba que la hermana le ayudaba constantemente: «Ana de San Bartolomé no cesa de escribir; hartó me ayuda. Besa las manos de vuestra reverencia»<sup>95</sup>. A María de San José, desde Valladolid y en plena enfermedad, le recordaba la gran utilidad y fiabilidad de Ana de San Bartolomé: «todavía estoy tan flaca la cabeza, que no sé cuándo podré escribir de mis letras; más la secretaria es tal, que podré fiar lo que de mí sepa»<sup>96</sup>. Tampoco era la única pues formaba parte de ese equipo de *ayudantas* que tuvo la reformadora a su lado, en esa *oficina* en la que se integró también Teresita de Ahumada<sup>97</sup>, hija de don Lorenzo, el hermano de Teresa de Jesús. Y así ocurrió hasta el final, porque la última carta que se conserva de la monja abulense fue dictada a Ana de San Bartolomé, en vísperas de su llegada a Medina del Campo en septiembre de 1582. Estaba dirigida precisamente a Soria, a Catalina de Cristo, con toda una serie de asuntos pendientes que había que tratar como las disposiciones acerca de la cocina y el refectorio de ese convento. Igualmente, desarrollaron los puntos sobre la fundación del convento de Pamplona, teniendo claro que ante la falta de devoción –y, por tanto, de limosnas– aquella casa debía de tener renta<sup>98</sup>.

Ya desde 1604, cuando emprendió con Ana de Jesús el establecimiento de las carmelitas –primero– en Francia y después en Flandes, se vio obligada a tomar el velo negro, cuando habría de convertirse en priora del Carmelo de Tours. En su

<sup>94</sup> Declaración de Ana de San Bartolomé, 19 octubre 1595.

<sup>95</sup> “Carta de Teresa de Jesús a fray Jerónimo Gracián” Ávila, 4 diciembre 1581, Carta 411, 6, *o.c.*, 1948.

<sup>96</sup> “Carta de Teresa de Jesús a María de San José”, Valladolid, 25 octubre 1580, Carta 344, 3, *o.c.*, 1835.

<sup>97</sup> T. ÁLVAREZ, «Teresa de Jesús (Teresita)» en *Diccionario de Santa Teresa...*, *o. c.*, 1158-1160. M. M<sup>a</sup> PÓLIT, *La Familia de Santa Teresa en América y la primera carmelita americana*, (Herder, Friburgo 1905).

<sup>98</sup> “Carta de Teresa de Jesús a Catalina de Cristo”, de camino a Medina del Campo, 15-17 septiembre 1582, Carta 452, *o.c.*, 2010-2012.

regreso a París, en 1611, contó con el permiso de pasar a los Países Bajos españoles, para ganarse el apoyo de la infanta Isabel Clara Eugenia, en las futuras fundaciones en aquellos territorios en los que la hija de Felipe II era gobernadora. La antigua secretaria de la madre Teresa disponía de un gran prestigio y el deseo de muchos de valerse de su palabra y de su consejo. No fue extraño que, en estas circunstancias, Ana de San Bartolomé escribiese numerosas cartas. Julen Urkiza<sup>99</sup> ha considerado que estamos retratando a la escritora más fecunda de las compañeras y discípulas de la madre Teresa de Jesús. Se sabía de memoria muchos de los versos de fray Juan de la Cruz, realizando varias copias del «Cántico Espiritual» para dárselo a conocer a las monjas carmelitas que se convertían en fundadoras en aquellas tierras de Flandes. Pieza esencial de Ana de San Bartolomé fueron sus dos «Autobiografías», las «Conferencias» y ese amplísimo epistolario de más de seiscientas cartas, además de importantes recuerdos teresianos en los que narrará los últimos años de la reformadora, la declaración sobre la traslación de su cuerpo o las noticias sobre los inicios del Carmelo<sup>100</sup>.

## LAS LETRAS COMO COMPONENTE DE LA DIMENSIÓN HUMANÍSTICA DE LA CLAUSURA

Teresa de Jesús había impulsado una concepción humanística de la vida conventual. De ahí, que se concediese gran importancia a la recreación, entendida de manera diferente a la propia del *mundo*. El horizonte de convivencia debía de ser que «todas se amen en general [...] pues siendo tan pocas fácil será de hacer [...] ese amarse unas a otras en general, y no en particular, importa mucho»<sup>101</sup>. Las poesías formaban parte de la cotidianidad de los claustros, en estos Carmelos que estamos estudiando. Brotaban de manera espontánea, pero en otras ocasiones, de forma mucho más elaborada, para las fiestas de los santos, profesiones religiosas de las monjas e incluso, en esa prolongación de las clausuras en el pesado discurrir de los viajes: «todo se pasaba riendo y componiendo romances y coplas de todos los sucesos que nos acontecían», indicaba María de San José Salazar que había compartido con la madre Teresa el viaje a Sevilla.

Así, pues, música y poesía entrelazadas, como sabemos gracias a los instrumentos que se conservan en los conventos como auténticas reliquias. La monja reformadora era muy aficionada a la poesía devota, que debe ser distinguida –a juicio de Víctor García de la Concha– de la poesía mística. Fray Juan de la Cruz, por ejemplo, elegía para la mística un molde culto como era el de la lira, mientras que para la

<sup>99</sup> J. URKIZA, *Obras completas de la Beata Ana de San Bartolomé*, (Monumenta Historica CT, Roma, 5 y 7, 1981 y 1985).

<sup>100</sup> Fray Jerónimo Gracián destacó en las páginas que dedicó a la que fue secretaria de la madre Teresa en su obra «Espíritu y revelaciones y manera de proceder de la madre Ana de San Bartolomé», escrita en 1613 aunque no fue publicada hasta tres siglos después (cfr. Biblioteca Mística Carmelitana 17, 258-283, con la edición de Silverio de Santa Teresa). Posteriormente, a su muerte y publicada, en Bruselas en 1632, destacó el título del monje cisterciense Crisóstomo Enríquez con «Historia de la vida, virtudes y milagros de la venerable Madre Ana de San Bartolomé, compañera inseparable de la Santa Madre Teresa de Jesús».

<sup>101</sup> Constituciones 26,28, o.c., 1120-1121.

devota recurría a formas tradicionales como el romance y los villancicos. La poesía acompañaba a las devociones o se apoyaban en ellas. La madre Teresa y muchas otras monjas que eran, con mayor o menor fortuna cercanas a la versificación, se convertían en *letreras* y aprovechaban la música de su tiempo, «transformada a lo divino». Cuando la poesía tenía dosis de improvisación, no se conservaba porque ni siquiera se escribía, aunque en otras ocasiones se reflejaba en papeles sueltos. Víctor García de la Concha y Ana María Álvarez Pelletero editaron un importante facsímil sobre el original conservado en el convento de las carmelitas descalzas de Valladolid, titulado «Libro de Romances i Coplas desta Casa de la Concepción del Carmen»<sup>102</sup>.

En determinados tiempos fuertes, la vida poética se intensificaba como ocurría con la Navidad. Para estas monjas, también para los frailes, era un tiempo de gozo resaltado a través de las coplas y la música. Sus propias contemporáneas daban testimonio de los comportamientos de la madre Teresa en los días particulares de la Navidad. Eran días que despertaban la alegría de su ánimo. Su secretaria Ana de San Bartolomé<sup>103</sup> resaltaba que en las jornadas de Pascua, la monja fundadora «hacía muchos regocijos y componía algunas letras en cantarcillos a propósito de ellos y nos los hacía hacer y solemnizar con alegría»<sup>104</sup>. En el mencionado «Libro de Romances i Coplas», García de la Concha y Álvarez Pelletero pusieron de manifiesto que esta recopilación de ciento treinta y dos composiciones reflejaba el corpus poético propio de un Carmelo en su etapa fundacional. Y dentro de él, el ciclo de Navidad era muy destacado con abundancia de piezas, aunque no se apreciaba en ellas una variedad enorme.

Tenemos noticias del desarrollo del género dramático en los conventos, casi con idéntica funcionalidad a cómo la tenían en otros ámbitos. Isabel Bautista, en el convento de Ávila, recordaba no solamente la música sino también las representaciones que realizaban en torno a los misterios de la Navidad como la procesión por los dormitorios. En ella, portaban las imágenes de Nuestra Señora y de San José y buscaban posada para acoger el parto de la futura madre. La propia Teresa de Jesús, estando en el Carmelo de Toledo, hacía referencia a su hermano Lorenzo de Cepeda, en enero de 1577, de los villancicos que habían compuesto las mismas monjas para festejar las Navidades. Se los enviaba a las Indias, para que se los enseñase a su hijo –sobrino de la santa–, Francisco de Cepeda. Sus monjas –le dice a don Lo-

<sup>102</sup> V. GARCÍA DE LA CONCHA Y A. M<sup>a</sup> ÁLVAREZ PELLETERO, *Libro de Romances y Coplas del Carmelo de Valladolid (c. 1590-1609), edición conmemorativa del IV centenario de la muerte de Santa Teresa (1582-1982)*, (Consejo General de Castilla y León, Salamanca 1982). ACCV, *Libro de romances y coplas de esta casa de la Concepción del Carmen*, ms 169. A.M<sup>a</sup> ÁLVAREZ PELLETERO, «Cancionero del Carmelo de Medina del Campo (1604-1622)», en T. EGIDO LÓPEZ, V. GARCÍA DE LA CONCHA, O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL (eds.), *Actas del congreso internacional teresiano. IV centenario de Santa Teresa de Jesús* (Universidad de Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, Ministerio de Cultura, Salamanca, 1984), 525-543. N. BARANDA LETURIO, «Producción y consumo poéticos en los conventos femeninos españoles» *Bulletin Hispanique* 115, 1 [Poesie et société en Espagne 1650-1750], 165-183.

<sup>103</sup> B. YUSTE Y S.L. RIVAS CABALLERO, *Una carmelita en Flandes. Vida de Ana de San Bartolomé, compañera inseparable de Teresa de Jesús (1549-1626)*, (Edicel, Madrid 2006).

<sup>104</sup> ANA DE SAN BARTOLOMÉ, «Declaración en el Proceso de Beatificación de la Madre Teresa de Jesús, 1595» en J. URKIZA, *Ana de San Bartolomé. Discípula y heredera de Santa Teresa. Obras completas*, (Editorial Monte Carmelo, Burgos 1999), 90-105.

renzo— «todo lo cantan»<sup>105</sup>. Comportamiento que siguieron sus primeras sucesoras, como demostró Ana de Jesús en 1604, en las composiciones que se conservan en el manuscrito de Bruselas. Entre las representaciones dramáticas eran habituales autos sacramentales, las comedias de santos, así como los relatos de los milagros de la Virgen. María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento escribieron teatro para el Carmelo de Valladolid<sup>106</sup>. Estas piezas dramáticas de mayor envergadura podían estar representadas en las dos «Festecicas del Nacimiento» que habían sido escritas por María de San Alberto. Como indica Víctor García de la Concha<sup>107</sup>, se trataba de dos autos de tipo cortesano, que respondían a las características de los realizados por Juan del Encina. Uno de ellos se reduce al anuncio del ángel a los pastores del nacimiento de Cristo, dirigiéndose éstos al portal para adorar al Niño. El segundo ofrece, sin embargo, una mayor originalidad pues comienza con la entrada de dos monjas en escena, representando un papel de «juglares a lo divino». Las carmelitas se convertían en conductoras del auto.

## **LAS HERMANAS SOBRINO-MORILLAS: MONJAS ESCRITORAS EN EL CARMELO DE VALLADOLID**

María y Cecilia Sobrino Morillas profesaron en el Carmelo de Valladolid en 1589 con los nombres de María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento. Ambas dos fueron autoras de tratados teológicos, exegéticos o místicos, algunos de ellos desaparecidos por orden de sus superiores. Estaban interesadas en plasmar el encuentro con el esposo, la «transformación en Dios»<sup>108</sup>, dentro de esos tratados de amor divino. Indicaba un manuscrito del convento que si la casa vallisoletana solamente hubiese contado con estas dos monjas, ya «solo por ellas sería ilustre». Pertenecían a una familia singular, desde el ámbito de la cultura, de la espiritualidad, de las órdenes religiosas e, incluso, de las obras de Teresa de Jesús. Su hermano mayor, Francisco<sup>109</sup>—canónigo, catedrático de Universidad y obispo en Valladolid— recibió la encomienda por parte de Felipe II de reunir los manuscritos y autógrafos de la reformadora abulense. Una decisión que ha sido vital para el patrimonio cultural y documental de las letras hispanas, pues de las obras de Miguel de Cervantes no conservamos ni uno solo de sus manuscritos—no así cartas de los oficios que desempeñó—. No todo lo reunido llegó a la biblioteca del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. La segunda redacción de «Camino de Perfección» o las cartas de María de San José estuvieron en manos de los Sobrino—Francisco en

<sup>105</sup> «Carta de Teresa de Jesús a Lorenzo de Cepeda», Toledo 2 enero 1577, Carta 166, 23, *o.c.*, 1500.

<sup>106</sup> V. HEGSTROM, «El convento como espacio escénico y la monja como actriz: montajes teatrales en tres conventos de Valladolid, Madrid y Lisboa», en *Letras en la celda...*, *o. c.*, 363-378.

<sup>107</sup> V. GARCÍA DE LA CONCHA Y A.M.<sup>a</sup> ÁLVAREZ PELLITERO, *o. c.*, (Salamanca, Consejo General de Castilla y León 1982).

<sup>108</sup> ACCV, *Tratados espirituales de la M. Cecilia del Nacimiento*, K-5; «Colección de sentencias del “Tercer Abecedario” de autores espirituales. Pasajes traducidos de pasajes de los evangelios». Ms de María de San Alberto y Cecilia del Nacimiento, K-13.

<sup>109</sup> J. BURRIEZA SÁNCHEZ, «Virtudes y letras La familia de los Sobrino en Valladolid» en *Estudios en Homenaje al profesor Teófilo Egido*, (Junta Castilla y León, Valladolid 2004), t. II, 179-201; Ídem, *Letras descalzas. Escritoras y lectoras en el Carmelo de Valladolid*, (Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid 2015), 257-292.

Castilla y José en Lisboa— y se las entregaron a sus dos hermanas, profesas en este Carmelo junto al Pisuerga.

Estamos hablando de una familia levítica, en la cual todos los nueve hermanos, salvo uno, profesaron en conventos; muy bien documentada por los escritos que se conservaron de todos ellos pero realmente singular; contemplada desde la historia del conocimiento, del saber y del libro. Que las letras estuvieran presentes en la trayectoria del padre, el portugués Antonio Sobrino, siendo secretario de la Universidad de Valladolid y en el trabajo que desarrolló en el tribunal del Santo Oficio, entraba dentro de lo previsible. Pero que ese amor por el saber fuese superado públicamente por su esposa Cecilia Morillas, resultaba sorprendente. Esta estudió artes y teología en compañía de su hijo Francisco; mostró su inquietud por la cosmografía, estaba capacitada para mostrar controversias con matemáticos como Andrés García de Céspedes; sus habilidades en la pintura o en la música eran más que notables y era frecuente en la lectura de la Biblia. Así lo relataba su propia hija Cecilia, cuando ya era monja en el Carmelo: «tenía tan veuida la Biulia con lo que nos entretenía en lugar de otras patrañas que algunas madres suelen contar a sus hijas, nos contaue cosas de la Sagrada Escritura y contaue las historias della»<sup>110</sup>. Podía ser aquella una velada referencia a las novelas de caballería. Con estos antecedentes, no puede ser extraña la trayectoria literaria de sus dos hijas:

«A nosotras, las dos hermanas nos enseñó mi madre desde tan pequeñitas, la doctrina cristiana y a leer romance y latín, que nos hallamos sabiéndolo sin acordarnos cuando lo aprendimos [...] cuando murió ya sabíamos escribir y algo de gramática, que con poca más que viviera mi madre, la supiéramos toda. Y otras muchas cosas nos enseñaba, como dibujar, bordar y hacer todas las demás labores curiosas y caseras, y el canto de órgano, y yo sabía tañer el clavicordio, que para tan poca edad, era mucho»<sup>111</sup>.

Cecilia del Nacimiento se confesaba con el padre Tomás de Jesús quién, como provincial de Castilla creyó —en 1601— que esta monja era la religiosa más adecuada para consolidar el convento de Calahorra como priora<sup>112</sup>, sustituyendo a la que hasta entonces había, Magdalena de Jesús, sobre la cual se habían cernido rumores<sup>113</sup>. La dirección que ejerció Cecilia del Nacimiento sobre aquellas monjas, no sólo fue espiritual y temporal sino también intelectual. Entre sus *discípulas* destaca Ana

<sup>110</sup> ACCV, *Breue Relación de la vida y virtudes de nuestra B. Madre Cecilia del Nacimiento Religiossa Descalza Carmelita en el conuento de las de Valladolid*, f. 1v.

<sup>111</sup> ACCV, PETRONILA DE SAN JOSÉ, *Virtudes de la madre Cecilia del Nacimiento, religiosa Carmelita Descalza del conuento de Valladolid*, sin paginar.

<sup>112</sup> Sobre el Carmelo de Calahorra, R. MEJÍA, *Las fundaciones de las Carmelitas Descalzas en España y Portugal (1562-1995)*, (Editorial Monte Carmelo, Burgos 1998), 136-139; Á. ATIENZA, E. CATALÁN y F. MUÑOZ, *Conventos de La Rioja. Su historia en las crónicas religiosas de época barroca*, (Instituto de Estudios Riojanos, Logroño 2011), 114 y ss.

<sup>113</sup> Magdalena de Jesús (de Salazar y Velasco), a pesar de ser nacida en Orduña, en Vizcaya, de familia de padres hidalgos, había sido recibida en el Carmelo de Valladolid por la misma Teresa de Jesús. La fundadora había afirmado que “ha de ser santa”. Fue enviada con la pamplonica Margarita de la Concepción desde Valladolid (acompañada por monjas de otros Carmelos) para poner en marcha el propio de Calahorra, del cual fue su primera priora. Presentó, ante las dificultades y rumores, un modelo de abnegación y sufrimientos. Allí permaneció por espacio de trece o catorce años y regresó a Valladolid, donde falleció.

de la Trinidad (Ramírez de Arellano), una religiosa sumamente culta, experta en matemáticas, poesía, pintura, música y latinidad<sup>114</sup>. Además de sus enfermedades, que le impidieron culminar su periodo de gobierno en este convento, lo que Cecilia del Nacimiento tuvo que sufrir en carne propia fueron las rivalidades que se desencadenaron dentro de la Congregación, sobre todo los enfrentamientos del general Alonso de Jesús María y su confesor fray Tomás de Jesús<sup>115</sup>. El primero había impedido la conservación de los escritos que había realizado su hermana María de San Alberto en el Carmelo de Valladolid. Antes, a ella –a Cecilia del Nacimiento–, le había impedido la correspondencia con su confesor carmelita:

«Como yo era tan hija de nuestro venerable P. Fr. Tomás de Jesús, aun mucho antes de ir, habiendo él sido provincial y definidor general y siendo prior de Zaragoza, le envió a llamar de Roma el Sumo Pontífice, por la noticia que le dio de él el P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, religioso nuestro muy grave y predicador de Su Santidad. Sintiendo acá mucho su ida, y como yo le escribía, aunque con permiso de nuestro Padre Provincial que entonces era, súpulo y tuvo tanto temor de parecerle yo había de hacer daño a cosas de acá de la religión, que me envió a pedir renunciase al oficio de priora [a Cecilia del Nacimiento] y me viniese a Valladolid; y como no se atrevió a sacarme sola, que saliésemos las que habíamos ido a fundar [a Calahorra]. Yo estaba tan lejos de darle pesadumbre en nada, que habiéndome escrito la venerable Ana de Jesús [fundadora de Francia y los Países Bajos], que si quería ir a aquel reino, allá lo procurarían, la respondí, que sin gusto de mis prelados no haría cosa ninguna. Como vi cuán contra el suyo era estar yo allí, teniendo él este miedo, renuncié y víneme, y la madre Magdalena de Jesús conmigo y la hermana Margarita de la Concepción a su casa de Pamplona. Púsome rigurosísimos mandatos de que no escribiese a nuestro padre Fr. Tomás de Jesús, ni dijese de mis tratos interiores con Dios; y poco después que vine, me los quitó todos, como se satisfizo que yo no había dado causa para ello, que el santo y yo siempre deseamos el mayor bien y aumento de la religión. Y no solo me los quitó sino después de haber visto por extenso el camino de oración por donde Dios me lleva, le favoreció mucho y aprobó, aunque era harto recatado en cosas de espíritu»<sup>116</sup>.

<sup>114</sup> «Ana de la Trinidad (1577-1613) Hija de Don Juan Ramírez de Arellano y Doña Juana de Ureta, Señores de las Villas de Alcanadre, Ausejo y Murillo de Leza. Desde la niñez descubrió talento tan superior al sexo de muger, que se hizo señora sin dificultad de algunas de las ciencias, y en especial de la Aritmética, Poesía, Pintura, Música y Latinidad exercitábanse en ellas muchos ratos de el día, sin faltar a la oración y obras de virtud, a que fue muy inclinada [...] en el Noviciado fuesse gravemente combatida de tentaciones, le aconsejó a la Madre Priora Cecilia del Nacimiento, que muy de antemano hiciese votos de su profesión, con que quedó con gran serenidad de ánimo, revalidándolos a su tiempo que fue el año de 1603 a los 25 de febrero, creció tan aprisa en las virtudes que se desconoció y la desconocieron las demás. En la humildad, en la obediencia, en la castidad y observancia común se adelantó mucho tanto en la oración y pobreza de espíritu, que se solía arrebatar, recibiendo del Señor muchas y soberanas comunicaciones. Examinaron y aprobaron el suyo hombres gravísimos dentro y fuera de la Orden, y no dexándola de ejercitar Dios y las criaturas, subió al estado de los muy aprovechados», en FRAY JOSÉ DE SANTA TERESA, *Reforma de los Descalzos...*, o. c., t. III, 178. T. ÁLVAREZ, «19 sonetos de una poetisa desconocida. La carmelita Ana de la Trinidad del Carmelo de Calahorra», *Monte Carmelo* (1992), 241-279.

<sup>115</sup> T. EGIDO LÓPEZ, «Tomás Sánchez Dávila» en *Monte Carmelo*, vol. 110 (2002), n° 1-3, 75-99.

<sup>116</sup> EMETERIO DE JESÚS MARÍA, «A la madre Cecilia del Nacimiento, gloria del Carmelo y de España. En el III centenario de su muerte 1646-1946», *Monte Carmelo* 47 (Burgos abril-septiembre), 139.

Su hermana María de San Alberto fue una de las mejores escritoras entre las carmelitas descalzas, según definición de Juan Luis Rodríguez. En ella encontraba claridad de estilo y sencillez, con la que comunicaba sus experiencias espirituales<sup>117</sup>. Practicando aquella tendencia casi teresiana de poner por escrito las vivencias de su trayectoria, como dijimos se vio afectada como su hermana Cecilia de la acción del general Alonso de Jesús María, que no era de la opinión de que las monjas escribiesen sobre su vida mística, haciendo exaltación de la mera vida contemplativa. De ahí, que le mandó destruir algunos de sus escritos. Todos ellos, según indicó Blanco Alonso Cortés, debían figurar en los primeros puestos de las letras ascéticas y místicas del siglo de oro español, junto con los de su hermana Cecilia del Nacimiento<sup>118</sup>. Así, en sus páginas, pesaron mucho las lecturas de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. María de San Alberto hacía recorrido por todos estos escritos:

«Los cuadernos que escribía años ha de cosas interiores eran dos o tres de mercedes particulares que sucintamente toco algunas de ellas en el cuaderno que comienza: “Día de la Expectación de Nuestra Señora, lunes 18 de diciembre de 1628 [...] Y aquellas mercedes que allí apunto, habrá cuarenta años que comenzó el Señor á írmelas comunicando. También escribí entonces en los dichos cuadernos brevemente las tres vías y lo que en ellas me pasaba [...] Escribí otro –me parece era de la fe que se ha de tener en la santa obediencia– y otro cuadernillo, muy pequeñito, de efectos o exclamaciones amorosas del alma a Dios. Otro de algunos salmos de David y algunos cánticos en metro, que más los declaro en romance el efecto y la luz que Dios me dio para ello que la sciencia, pues yo no sé el latín bien enteramente. Este cuaderno de salmos, digo el traslado, como un papel suelto (que ya iba trasladado en los cuadernos), solamente me volvió nuestro padre Fr. Alonso de Jesús María, que los originales de mi letra allá quedaron»<sup>119</sup>.

Los años de la citada estancia de la madre Cecilia en Calahorra, la mejor poetisa del Carmelo según Emeterio de Jesús<sup>120</sup>, fueron los más fecundos literariamente hablando. Su obra ha sido muy desconocida hasta que no hizo referencia a ella, por vez primera, fray Manuel de San Jerónimo en su «Reforma de los Descalzos» en 1710<sup>121</sup>, setenta años después de su muerte. Sin embargo, en 1768, la madre Cecilia se encontraba entre «Las mujeres vindicadas de las calumnias de los hombres», que había elaborado Juan Bautista Cubié, que pertenecía a la Real Biblioteca de Su Majestad:

«Cecilia Sobrino [...] cultivó la claridad de su ingenio con la aplicación á las letras. Aprendió la lengua latina, la Rethorica y Philosophía, con un particular

<sup>117</sup> J.L. RODRÍGUEZ Y J. URREA FERNÁNDEZ, *Santa Teresa en Valladolid y Medina del Campo*, (Caja de Ahorros Popular de Valladolid, Valladolid 1982), 342 y ss.

<sup>118</sup> B. ALONSO CORTÉS, *Dos monjas vallisoletanas poetisas*, (Valladolid 1944).

<sup>119</sup> SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo...*, o. c., t. IX, 889.

<sup>120</sup> EMETERIO DE JESÚS MARÍA, «A la madre Cecilia del Nacimiento, gloria del Carmelo y de España. En el III centenario de su muerte 1646-1946», *Monte Carmelo* 47 (1946), 139 y ss; Ídem, «Ensayo sobre la lírica carmelitana hasta el siglo XX» *Monte Carmelo* LIV (1949), 83 y ss.

<sup>121</sup> FRAY MANUEL DE SAN GERÓNIMO, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, (Imprenta Gerónimo Estrada, Madrid 1706), t. V, 803-809.

estudio que hizo para comprender los misterios de las Divinas Letras [...] dexando memoria de su erudición con unas Canciones que compuso; en que explica con elegancia la mystica y amorosa unión del alma con Dios, por medio de la fe y caridad. Consérvanse estas Obras manuscritas en el Convento de su profesión»<sup>122</sup>.

Habrà que esperar al tercer centenario de la beatificación de la madre Teresa de Jesús para que fray Gerardo de San Juan de la Cruz ofreciese una edición de dos obras de Cecilia del Nacimiento, junto con las del gran poeta místico, el «Tratado de la unión del alma con Dios» y «Comentarios a las lirás de la transformación del alma en Dios»<sup>123</sup>. Cuando se alcanzó el tercer centenario de la muerte de la poetisa carmelita en 1946, fray Emeterio de Jesús María ofreció un monográfico en la revista Monte Carmelo, hasta que en 1971, editorial Espiritualidad publicó las obras completas de la madre Cecilia bajo la dirección del padre José María Díaz Cerón<sup>124</sup>. Los contemporáneos de ambas, cuando murieron —en 1640 María de San Alberto y en 1646 Cecilia del Nacimiento—, se preocuparon más de promocionar su *olor de santidad* que la singularidad de sus escritos.

---

<sup>122</sup> J.B. CUBÍE, *Las mujeres vindicadas de las calumnias de los hombres con un catálogo de las Españolas, que mas se han distinguido en Ciencias y Armas*, (Imprenta Antonio Pérez de Soto, Madrid 1768), 95-96.

<sup>123</sup> FRAY GERARDO DE SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras del Místico Doctor*, (Toledo 1914), t. III, 349-458.

<sup>124</sup> CECILIA DEL NACIMIENTO, *Obras completas*, Notas, críticas y estudio de su vida mística por José María Díaz Cerón, (Editorial Espiritualidad, Madrid 1971).